

Vida de piedra 2
Registro N° 2102267031631

Vida de Piedra:Libro2/ Mirta Liliana Ramírez
Fontana- Chaco- Argentina; compilado por Mirta Liliana
Ramírez

1 ed. Editorial MIRA- Fontana – Chaco- 2020
130 páginas; 20 x 14 cm- (Colección Internacional/
Ramírez Mirta Liliana Libro 2 de 5)

Vida de piedra 2
Registro desde 26/02/2021
Nº 2102267031631

ISBN 978-987-86-3379-4

1. Antología Literaria. 2 Narrativa. 3 Poesía
Contemporánea Argentina. II. Ramírez Mirta
Liliana comp.
- 2.



Vida de piedra 2
Registro Nº 2102267031631

Diseño de tapa

Marcelo “Tatel “Ravarotto (Prof. De Artes Visuales) y Ana
Florencia del Rosario Correa (Estudiante de artes Visuales)

Fotografía: Ana Florencia del Rosario Correa.

Lugar: Playa Cabo Polonio- Rocha - Uruguay

Idea, proyecto, compilación, corrección y edición: Mirta
Liliana Ramírez

Escritores participantes

Mirta Liliana Ramírez

Fontana – Chaco – Argentina

Dalia De Jesús Romero

Corrientes Capital- Argentina

Juan Félix González

Yataity del Norte- Paraguay

Piedad Benita Betbeder Vildósola de Berardi

Corrientes Capital- Argentina

Hilda Mireya Betancort Navarro

La Paloma- Rocha- Uruguay

Prólogo

Los años pasan y todo va cambiando, no es lo mismo decir hace 40, 30, 20 o 10 años atrás. Si bien creemos que las generaciones nacidas en los años 1960, 1970 y 1980 fueron las últimas que han recibido atención de los mayores, educación en valores y razonamiento para enfrentarnos a diversas situaciones y ser independientes desde jóvenes.

Hoy, nuestros hijos y nietos piensan que no nos divertíamos, que nos aburríamos (ése era un término desconocido para nosotros). ¡Cuán equivocados están! Pasábamos tiempo de calidad con la familia, las amistades, los juegos, los programas de televisión, para todo había horarios y sobrevivimos. Estudiábamos. ¡Leíamos libros! Crecimos y nos convertimos en adultos responsables, somos profesionales y aun así mantenemos lazos y códigos que ustedes no tienen.

Supongo que las nuevas generaciones pensarán dentro de sí..." no puede haber sido mejor que ahora", a lo que respondemos probablemente mejor no, diferente sí.

Utilicen nuestras experiencias para mejorar sus saberes actuales. Y traten de imitar juegos y situaciones para adquirir experiencias de vida vivida sanamente.

No salten etapas, la vida se vive una sola vez....



Escritora

Mirta Liliana Ramírez

Chaco- Argentina



Mirta Liliana Ramírez

Fontana – Chaco- Argentina



Cumpleaños

Cuando se acercaba algún cumpleaños de niño o adulto, los preparativos comenzaban un mes antes para comprobar que no faltara nada.

Si el cumpleaños era de niño compraban: ropa y zapatos, los globos, los bonetes, bolsitas, dulces y las tarjetitas. ¡Nada de suvenires ni piñatas! Gaseosas, galletitas, pororó, era una ocasión especial podía haber sándwiches de miga.

¡Y la torta! Sin torta no se festejaba el cumpleaños.

Era la mejor ocasión en que la familia se juntaba, mis primos y primas (hijos de mis tíos Titi y Delia), Tuqui, mi hermano, Silvia y demás amiguitos menores que yo.

Comíamos hasta el hartazgo, luego, se cantaba el feliz cumpleaños y a soplar las velas (torta encargada en la confitería Las Cuartetas, con diseño elegido por los mayores, nosotros no decidíamos nada, para eso estaban los adultos). Comíamos la torta y a correr nuevamente.

Los niños jugábamos: a las escondidas, presos y ladrones, la capichúa o conocida también por payana (se jugaba con siete carozos o piedras, tomándolas con una o ambas manos), la embopa o la mancha, la embopa congelada, al elástico o a la rayuela, al gallito ciego, a la ronda (las niñas).

Cuando oscurecía cada niño volvía a su casa y se quedaban los primos para la cena, así que nos divertíamos mientras los adultos preparaban lo que faltaba.

Los mayores comenzaban a preparar el asado, otro grupo las empanadas, las mujeres las ensaladas.

Noche de fiesta y fotos en blanco y negro para el álbum de recuerdos, los fotógrafos quedaban todo el día sacando fotos sólo las bien estudiadas y con buenas poses.

El tocadiscos con el disco de vinilo que comenzaba a girar, volumen alto y se escuchaban los acordes de los Chamamé, después de la cena se movían al compás de las

cumbias del Cuarteto Imperial o Los Wawanco...

La noche terminaba con los niños amontonados en una cama o bien mantenerlos despiertos para volver a casa caminando.

Nadie se quejaba, porque nos repetían siempre “Calavera no chilla” (es decir: disfrutaste, jugaste mucho, aguántate y camina sin llantos).

En esa época no había remises, no recuerdo que hubiera taxis, tampoco había teléfono para llamar alguno.

Solo quedaba volver a pie o que papá pusiera en marcha el camión y los llevara amontonados a su casa.

Los perros de Don Antonio

Cuando volvíamos de la escuela Rubén y yo, caminábamos unas cuadras y pasar por un pasillo donde todos los vecinos nos conocían desde que nacimos, era un lugar donde las lagunas abundaban.

Don Antonio era linyera, vivía en ese terreno hacía muchos años, era una casa de chapas y telas. Hombre morocho, grande, gordo de barba y bigotes abundantes. No siempre estaba sucio. Muchos decían que él era abogado, otros que lo dejó su mujer llevándose los hijos, por eso se echó al abandono. Nunca supe la verdad. Tomaba mucho y no era malo. Sí, lo eran sus perros.

Yo iba a primer grado y mi hermano a cuarto.

Caminábamos mientras jugábamos, reíamos fuerte y a veces, peleábamos.

Una tarde igual a todas, en la mitad del pasillo salieron la docena de perros que tenía Don Antonio.

La jauría embravecida intentando morderme, Rubén me protegió y uno lo alcanzó, llorábamos los dos por el susto y el dolor que padecía mi hermano.

Llegamos a casa y la tía Negra se hizo cargo.

Yo enfurecida volví al pasillo y lo llamé a los gritos a Don Antonio.

El salió y sorprendido al ver esa niña cabellera color oro y ojos verdes que echaban fuego.

Mi voz lo alertó y a los vecinos también que estaba enojadísima. Esa niña delgadita que no medía más de un metro propinaba palabras de adultos a ese linyera.

Él me escuchaba lo que le gritaba enloquecida de rabia, lo amenacé con buscar a la perrera para que se llevaran sus perros si no los ataba. Y que si no le importaba lo que le hicieron a mi hermano yo me encargaría de ellos. Le pregunté si lo denunciaba ¿Qué iba a hacer él sin sus perros? Me miró sorprendido, desde ese momento los ató.

Rubén fue llevado al Centro Antirrábico donde le aplicaron cuarenta inyecciones en la panza por si el perro estaba rabioso.

Cuando llegaba la hora de pasar por el pasillo Rubén y yo nos tomábamos de la mano asegurándonos que no hubiera perros sueltos.

Don Antonio se sentaba afuera esperando que pasáramos, nos saludaba y a veces conversaba con nosotros.

Valió la pena enfrentarlo.

Aprendió la lección.

El picaflor y la cigüeña

Una mañana, despierto y mi hermano no estaba en la cama. Desesperada empecé a los gritos a llamarlo.

Ni siquiera me había lavado la cara, Rubén sentado en una sillita estaba con un libro de lecturas donde repetía muy rápido “El picaflor y la cigüeña”.

Sé que era muy chiquita y ni siquiera iba al jardín de infantes.

Noté como todos en casa se burlaban por la forma en que leía y lo peor, después lo retaban.

Tomé a mi hermano del brazo y lo llevé con su sillita y mi banquito al fondo de la casa, cerca de las letrinas y el gallinero, bajo las plantas de pomelo.

Me miró y me dijo que él tenía que estudiar y no podía jugar.

Me senté y le dije que lo ayudaría porque no quería que lo retaran. Sonrió y me pasó el libro, sabía que yo no conocía las letras. Y me hizo señas como preguntando ¿cómo lo ayudaría?

Le devolví el libro y le dije que leyera pausado y cuando me gustara cómo leía sería el momento en que los mayores debían escuchar la lectura.

Estuvimos toda una mañana, mi hermano se lució con su lectura ante los mayores y su maestra.

Se sintió feliz, me dio un gran abrazo y un beso.

Ese día fui su heroína.

Ritual antes de desayunar...

Una vez levantados, Rubén sacaba agua del pozo. Un pozo de agua calzado con ladrillos, agua clara, limpia de la cual tomábamos porque aún el agua corriente no llegaba a la zona, siempre pensé que esos insectos eran pescaditos, no sabíamos que eran larvas de mosquito. Lanzaba al pozo el balde atado a la cuerda y lo levantaba con la rondana, yo siempre lo sostenía agarrándolo de la ropa. Nos cuidábamos mucho.

Lavábamos nuestras caras en una palangana y luego, nos peinábamos. Ambos usábamos flequillo, yo cabello rubio semi largo, él cabello renegrado corto.

El peine pasado sin piedad hacía que nos quejáramos muchas veces.

Así, estábamos listos para desayunar.

Ya preparados sobre la mesa esperaban dos vasos enormes de vidrio muy grueso, leche con Toddy (chocolate) en verano. En invierno el ritual del mate cocido en tazas enlozadas.

La lechera de aluminio con agua hirviendo a la cual se le agregaba dos cucharadas soperas de yerba mate y había que cuidar que al hervir no se derramara.

Y así comenzábamos el día...

Los lentos...

Para quienes hayan bailado lento alguna vez. No es lo que imaginan los jóvenes de hoy, ellos crean interminables películas morbosas en sus mentes.

Era sentir la canción moviéndote despacio dentro de ti, caminar lentamente sobre cada sonido, cada letra y volar, cerrar los ojos y ni siquiera sentir al otro. Era un vínculo con la música y el movimiento.

Tu compañero de baile era sólo eso.

Si alguien intentaba conocerte, hablaba mientras se movían suavemente. Si la dama respondía, eso avalaba seguir la conversación. Si no respondía, el monólogo terminaba junto a la canción.

Cuando tenías un noviecito ahí sí empezabas a notar los roces, los besos (las chapadas).

Aprendí a bailar lento con mi hermano Rubén, con mi primo Tuqui y mi primo Eduardo.

Bailaba muy bien y siempre fui muy recatada aunque muchos crean conocerme y piensen lo contrario.

Bailé lentos con mis noviecitos, sin embargo al primer roce mal intencionado, se terminaba el baile y comenzaba la discusión, recalcando siempre lo que yo consideraba una falta de respeto.

En esa época las mujeres sabíamos cuánto valíamos y nos dábamos nuestro lugar ante cualquier hombre.

Las limas

Las limas son cítricos de cáscara verdoso amarillento, similar a un limón, de sabor insulso, de corazón como las naranjas pero blanquecino. Su gusto como el de la gaseosa de lima limón actual.

Había muchas plantas en Puerto Tirol, un pueblo a 17 kilómetros de Resistencia donde aún está la laguna y cerca la iglesia a la cual van todos los creyentes católicos van los días 22 de mayo a venerar a Santa Rita.

Recuerdo muy lejano y aislado.

A veces las vendían en la ruta o en bolsas las traían cuando alguien las regalaba. No eran frutas muy codiciadas.

Al crecer nunca más vi una lima en fruta, ni soñar de ver una planta.

Muchas veces me sentaba en el fondo de casa y rememoraba eso, que quizás jamás volvería a comer una lima.

Dios me bendijo, una planta nació en mi patio de atrás y qué feliz me hace cada vez que las puedo comer aunque

todos me digan que no es rica, quizás, pero es un recuerdo de mi infancia.

Cuando los mayores decían hay que comerla porque hace bien al corazón...

No sé si es real, pero cada vez que degusto una, resuenan en mis oídos las palabras de la Tía Mamá Negra, cuando era muy pequeña y quizás ya iba al jardín de infantes y lo recuerdo clarísimo.

La tuna de mi casa

En la casa de mi primera infancia, cerca del portón de madera, estaba una planta de tuna (no recuerdo si era cactus o nopalera) pero alguna vez supongo que me habrán dicho que la planta tenía espinas. No lo recuerdo.

Lo que sí recuerdo que una vez vi la flor más hermosa y me quedaba horas contemplándola. Los picaflores o también llamados colibríes se deleitaban con su néctar.

Una mañana despierto y veo un fruto rojizo, que me llamó mucho la atención y como hipnotizada recuerdo que subí a mi banquito y con ambas manos retorcí ese fruto para sacarlo.

Cuando escuché gritos de: - ¡No toques eso!

Ya lo tenía en las manos...

Me asustaron los gritos, aunque no entendía por qué me decían que lo soltara y yo quería comerlo.

Antes de meterlo en la boca, Rubén me dio un golpe por la mano para que lo soltara.

Lloraba de rabia y vi que la Tía Mamá venía corriendo

hacia mí.

Pensé que no querían que comiera el fruto.

Cuando me pidieron que mostrara mis manos, sentí algo raro y mucho dolor.

En ese momento me enteré que existían las quiscas o janas, gracias a mi hermano no metí el higo chumbo en la boca.

Lloré desconsoladamente porque me sentaron en mi banquito y con una pincita de depilar me sacaron una por una esas pequeñas espinas invisibles de mis dos manitos.

Solo recuerdos aislados...

Los preparativos comenzaban al levantarnos tipo 9 de la mañana.

La cocina de material independiente de los dormitorios (fuera de la casa), contaba con una alacena de chapa (que era de mamá y aún conservo en mi casa actual, en buen estado), cocina y una pava de aluminio lustrada con ceniza echando humo por el pico.

- ¡Ya hirvió el agua otra vez! ¡Vas a quemar la yerba! – se decían unos a otros.

Mate preparado, yerba fuerte. Comenzaba el baile del mate en la mano, asir el mismo con una y tapar la boca con la otra, agitarlo como maraca, el polvillo quedaba en la palma...

-El agua ya se enfrió un poco.-

Se colocaba la bombilla, dejando un espacio para echarle el agua, ni por broma se mojaba toda la yerba.

Comenzaba la ceremonia con paciencia se cebaba el primero (los sorbos se arrojaban porque era tan fuerte que nadie quería tomarlo.)

Luego, se acomodaba un banco bajo el paraíso, se llevaba el equipo de mate (en esa época no había termos, solo había pavas), los bizcochos o galletitas o pan con manteca acompañaban al ritual de tomar mate.

Antes de acomodarse para beber la infusión se calentaba el agua de nuevo para que estuviera a punto.

Los mayores comenzaban a tomar mate, los chicos desayunábamos en la mesa leche fría en unos vasos

enormes de vidrio (donde se envasaba el dulce de leche) pan con manteca y dulce.

El sol asomaba caliente anunciado que sería una típica mañana chaqueña con un temperatura anunciada de 35 grados en pleno verano...

Así comenzaban los domingos antes del ritual del asado y la llegada de las visitas.

La gallina y el huevo

Antes, en todas las casas había gallineros y huertas. No por la economía sino porque la población era escasa y estaba diseminada. Entonces, nadie se quejaba de los ruidos que emitían los animales.

Cada tanto teníamos un chivo o chancho para engordarlo para las fiestas.

Volviendo al gallinero.

Siempre me llamó la atención por qué el gallo corría a la gallina, la agarraba de la cresta y la pisaba.

Una vez mi hermano me explicó que era para que la gallina pusiera huevos. Entonces él y yo le hacíamos nidos para que ellas estuvieran cómodas y pusieran los huevos que tanto nos gustaban.

Los comíamos duros o en cote (una preparación dulce riquísima y era la manera de alimentarnos cuando éramos chicos).

Me sentaba en una sillita o en mi banquito, esperando que una gallina estuviera echada en el nido. La espiaba para recoger el huevo.

Nunca imaginé por dónde salía el huevo, tenía ano para defecar pero no había forma que orinara porque no tenía otro orificio. Tampoco podían salir de las alas, allí no había orificios.

Bueno, siempre observaba pero nunca vi por dónde salía el huevo, hasta que un día la Tía Mamá Negra me vio y me preguntó: ¿qué estaba haciendo?

Con inocencia le contesté y expliqué mi duda.

Me dijo que saliera y dejara en paz a las gallinas o no pondrían huevos.

Pasaron los días y no me detuve hasta que un día me gritó: ¡No mires, porque si ves de dónde sale el huevo, te podés quedar ciega!

Desde ese día nunca más molesté a los animales, no quería quedarme ciega.

Solo esperaba que cacarearan para recoger los huevos.

No era ignorancia, era la manera de decirme: - ¡Dejá esos animales tranquilos!

El despertar

Asomaba una mañana de verano, la ventana enorme de vidrio de tres cuerpos sin celosías.

El sol penetraba sus rayos hirientes, suavemente acariciaba mi cama.

Una cama de dos plazas donde dormía con mi hermano. En la cabecera, los cuadros del Ángel de la Guarda y el de mamá y papá, nos cuidaban. Hermoso despertar.

Restregaba mis ojos con las manos, reconocía el lugar. Ropero de cuatro puertas, enorme, una cómoda quemada arriba, decían que un día de corte de luz se había caído una vela y se quemó.

El tocadiscos portátil con los discos de vinilo apoyados arriba.

Teníamos luz eléctrica, esa pieza de cuatro por cuatro era sólo nuestra, mía y de mi hermano.

La ausencia de mamá se sentía a pesar que no la recordaba.

Papá nunca estaba era camionero. Viajaba a Buenos Aires a buscar la cerveza Quilmes y la distribuía en Chaco y Corrientes.

Despertar y sentirme dueña de mi cama, buscaba el abrazo de mi hermano, cuatro años mayor.

Él me abrazaba y juntos nos sentábamos en la cama. Nos asegurábamos que todos los días estuviéramos juntos.

La tía Negra, ya oficiaba de mamá hacía más de dos años.

Ella, hacía el desayuno y nos llamaba para que nos levantáramos.

Yo era la primera en sentarme en la pelela (bacinilla), mi hermano me cuidaba para que no tuviera miedo.

Luego, íbamos juntos a tirar todo a la letrina.

Mi hermano era mi protector aunque él era muy miedoso, en realidad, cuando había que tomar las riendas de alguna situación la que lo hacía era yo a pesar de mi corta edad.



Mirta Liliana Ramírez

Nacida en Resistencia- Chaco – Argentina el 27/10/1965. / Escribe desde los 12 años. / Es Profesora para la Enseñanza Primaria. / Madre y abuela.

Diseño, ilustraciones, modelo profesional y fotografías son seleccionados y realizados por Ana Florencia del Rosario Correa (su hija) cursa el Profesorado de Artes Visuales.

2016: Participó: Antología “Una Ferretería en Andalucía”.
Publicó “Susurros del alma “Libro 1: “Semillas de vida”
Libro 2: “Germinar no fue fácil... Crecer lo es menos...”/
Antología “Duplicidad”. / **2017:** Publicó Libro3:
Infantoadolescencia”- Libro 4: “¡A volar!” / **2018:**
Proyectó, Compiló y publicó la Antología Mujeres al borde
del abismo Colección 1-2 y 3 de 5 ejemplares / Publicó su
libro “Mujeres al borde del abismo emocional”. Antología
de Jóvenes “Expresándonos si voz”.

Es Embajadora Universal de la Cultura UNESCO.

**Juan Félix González****Paraguay****Mi experiencia nadadora**

Cuando apenas tenía 8 años andaba por la casa de mis tías quienes vivían en la cercanía del arroyo Tapiracuã, en la localidad denominada Tacuara, donde un hermoso arroyo cobijaba en los días calurosos a centenares de niños y jóvenes de diferentes lugares para refrescarse en su cristalina agua, todo el mundo se zambullían en ella y nadaban como pececitos; yo me iba con mis tías, primas y primos y solo como una gallina con crías , patos deambulaban por las orillas observando a todos como disfrutaban de la frescura del agua.

Yo me iba permanente al arroyo con mis tías quienes llevaban ropas para lavar, pero ellas nunca me permitían adentrarme al agua porque más al medio era algo profundo y tenía una parte de remolinos en una curva donde mis amiguitos entraban y salían con facilidad. Pero, un día me fui solo con mis primos simplemente para acompañarlos, y cuando llegamos a la orilla, ellos se

Vida de piedra 2

Registro N° 2102267031631

tiraron al agua y me invitaron a hacer lo mismo, tenía ya tantas ganas de hacerlo hasta que me decidí a probar, entré al agua cristalina y transparente donde los pececitos se veían recorrer entre los cabezudos niños, poco a poco me fui hasta donde el agua me daba por el pecho, desde allí me zambullí y me vine a la orilla sin problema, me encantó y volví a repetir creyendo que ya era hábil intentando nadar un poco, y así seguía hasta cruzar el cauce y volver a la rivera.

Ya algo confiado hasta entré al juego de mis amigos intentando jugar al zambullido más largo y entre eso sin darme cuenta, cuando ya asentaba la confianza, me ganó la corriente del cauce principal, que había sido que me hizo llegar hasta el remolino peligroso, y cuando en mi último atajo del aliento quise sacar mi cabeza del agua y pisar tierra, mmm, sorpresa..., mi nariz apenas respiró algo de aire mezclado con agua y mis pies no alcanzaba el fondo, ya mi respiración era aminorada por el agua que tragaba y con un empujecito que pude dar al sentir el piso vi como llama ardiente la luz solar y mis manos que podían salir pedían auxilio, allí fue que uno de los amigos se dio cuenta y saltó hacia mí, tomándome del pelo dice que me sacó a la orilla y allí con un apretón de barriga y con los vuelos de los cuervos me hicieron respirar de nuevo, fue un gran susto para mí y para ellos también, pero fue una

linda experiencia; a partir de eso, yo sabía nadar y zambullirme sin problema, pero mis tías nunca lo supieron.

Ha'yta ypyrõguare

Yma aguerekoramoguare 8 ary aikómiva che tutykuéra róga rupi amo Tapirakuãï ysyry rembe'ýre, tenda hérava Takuárape, oguerekóva ysyry porã ombyatýva ijehe arahakujave hetaite mitã ha mitãrusukuéra opa henda rupigua oñembopiro'y hağua pe y sakã mimbípe, opavavénte oñapymi ha ho'ytajoa umi pira'ícha; che katu ahava'erã che tuty, tuty membykuéra ndive ha katu ku ryguasu imemby ypévaicha ajererei pe y rembe'ýre ahechahápe opavavete mba'éichapa ovy'ajoa pe ro'ysã porãme.

Py'ỹinte che tutykuéra ndive aháva pe ysyryre ha'ekuéra oguerahágui ao ojohéi hağua, ha katu araka'eve ha'ekuéra nachemoingéi ysyrype oĩgui hypyha pe mbyte rupi ha oĩvoi peteĩ yjere pe y rape ikarẽhápe ha upépengo che angirũ'íkuéra oike ha osẽ ku pikýicha. Upéintengo, peteĩ árape ahami che año che tuty membykuéra ndive amoirũ hağuaíchante chupekuéra, roğuahẽmívonte y rembe'ýpe, ha'ekuéra oñemombojoáma ýpe ha che pepirũjoa ajepoi hağua avei, ajaposetereímavoikuri ha añembopy'a peteĩ ajapóvo, aike mbeguemi pe y sakã mimbípe ojekuaahápe umi pikymimi itarovapa mitãnguéra akãhatã apyte rupi, sa'i sa'ípe aike pe y oğuahẽha che pyti'a peve, upépe

añapymi ha asějey y rembe'y gotyo apañuai'ýre, chembopy'akyrýi ha ajapojejeje aimo'ãgui chekatupyryma ha añeha'ãmavoi ha'ytamimi, ha upéichape ahasáma mboypýri ha ajujeje kyvõ gotyo.

Ajerovianungáma chejehe ha aike umi che angirũ ñembosaráipe añeha'ãvo añembosarái hendivekuéra oñapymi mombyryvéva ha upeichaháguinte añeñandu'ýre, imbaretévo che jerovia che renonde'a pe ysyry'atã mbytegua, ha nimbora'e chemoñuahẽma pe yjere mbytépe, ha pe che pytu pahávoma aguenohẽsemo'ã che akã okápe apyrũ hañuaicha y ruguáre, mmm, ñemondýi... michĩmi che tĩ iñapysẽ ha ipytuho y reheve ha che py katu ndohupytyi pe y rugua, che pytu mbykypaitéma umi y amokõvagui ha peteĩ ñemyaña'i che pysã apýireguápe ahecha tatarendýicha kuarahy mimbí ha che pokuéra chaláipe ojerure pytyvõmi, upépe ae peteiva che angirũ ohechakuaa pe ojuhúva ha opo y aimehápe, ojapyhy che akãrague ha che gueru okápe ha upépe tye jejopy ha yryvu ñambovevépe chembopytuhẽjeje hikuái, tuicha añemondýi ha ha'ekuéra avei, ha katu tuicha mba'e pe ojuhúva chéve, upe ára guive, ha'ytakuaa ha añapymikuaa apañuai'ýre, upeicharõjepe che tutykuéra araka'eve ndoikuaáiva.

Los juegos de mi niñez

Recuerdo que en mi infancia vivía en las campiñas donde ni siquiera radio había y muchos menos televisión ni nada por el estilo, jamás conocíamos los teléfonos y menos los celulares, no habían jugueterías, tiendas ni siquiera carnicería para comprar las carnes, pero de vez en cuando yo viajaba hasta una ciudad la más cercana de mi barrio con mi abuelita que iba de visita a los familiares; por ahí llegábamos a la ciudad donde había aunque no del todo, muchas cosas ya para aquella época.

Yo veía sorprendido los juguetes de plásticos que se vendían pero nunca ni lo tocaba, pero eso sí, siempre lo miraba muy bien y traía en mi mente su forma para luego intentar fabricar lo mío con algún envase de comidas enlatadas o restos de maderas que sobraban por ahí, como: sardinas, picadillos, vaka'i y otros.

Recuerdo bien cuando uno de mis camiones fabricados por la lata de vaka'i, cuando quise caminar entre ellos, para no descomponer la ruta construida lo alcancé mi camión y me arañó bien profundo por debajo de mi tobillo, sangró unos cuantos minutos y lo limpié con mi saliva, tomé una hoja seca y lo pegué encima hasta que

paró la sangre, lagrimee unos cuantos pero no podía llorar porque si mi abuela me escuchaba con un rebenque me curaba.

Así vivíamos en aquella época y éramos muy creativos y felices, construíamos para nuestros juguetes, y cuando los amiguitos del vecindario llegaban junto a mí, jugábamos por el patio, debajo de los arbustos, construíamos carreteras, puentes, y fabricábamos los juguetes necesarios, hasta los teléfonos lo hemos fabricado con dos latitas conectadas con hilo de ferretería y nos ocultábamos unos de otros y empezábamos la comunicación.

No teníamos pelota y lo hemos fabricado con trapos viejos cargados dentro de algunas medias perdidas o si por ahí algún familiar faenaba su vaca el hijo del dueño ganaba para su pelota, la vejiga del animal que lo inflábamos a sople y lo atábamos con hilo que lo disfrutábamos hasta que la pelota reventase.

Otras veces fabricábamos el trompo que del guayabo era el mejor, otras las bolitas con pica y hoyo por chipiũ o tobillo o el premio era las bolitas del adversario, también juntábamos las cáscaras de los caramelos culturales y jugamos el cultu encimado (culturales jo'a).

Che mitãrõguare ñembosarái

Chemandu'ánte che mitãme aikómiva okaháre, ndaiporihápe puhoe ha ta'angambyry aipo ha'angápa roikuaa, araka'eve ndoroikuaáiva aipo pumbyryñe'ẽ ha pumbyrypokatu nahaimetéi, ndaipóriva ñevangarenda, ñemuhaguasu, so'oñemuhájepe imbovy, hakatu sapy'a py'a che ahámiva peteĩ tava hi'aãguivévape che rekohágui che jaryimi ndive ohóva py'ỹinte ohechamívo oreñemoñarekuérape; upeichaha rupi roãuahémiva táva oĩhápe heta mba'éma noimbairamojepe, heta mba'éma umi árape ãguarã.

Aheharamoitémiva umi ñevanga karéiguigua ojehepyme'ẽva hakatu araka'eve ndaikatúiva apokomíntejepe hesekuéra, ha katu, akóinte ajasarekoporãva hesekuéra ha che akãme aguerúva umi ha'anga añeha'ã haãgua upéi ajapo chemba'erãva oimeraẽ mba'e ryukuégui lata'i térã yvyra pehẽngue hembýva upe rupi, taha'e pira'i, vaka'i térã ambue hi'upy ryrukue. Chemandu'a porã peteĩjey che mba'yruguata'i ajapova'ekue vaka'i ryukuégui aguataha rupi ijapytépe ani haãgua ambyai pe tape ajapova'ekue apyrũmi hese ha che kytĩ che pytasã guýpe, huguy'imi ha añeha'ã amopotĩ

che rendýpe, aipyhy peteĩ vyvra rogue piru ha ajopy hese opyta peve che ruguy, che resay pororó porã hakatu nacherasẽhatãi ikatúgui che jarýi cherendu ha chemonguera tukumbópe.

Upéicha roikovémi yma ha orekatupyry mba'é'apópe ha rovy'akuaa, orentevoi rojapómi ore ñevangarã, ha umi ore angirũ'ikuera oujavérõ che rendápe, roñembosaráimiva pe okárare, vyvra guýpe, rojapómi tape, vyvoasa, ha ñevanga roikotevẽva, umi pumbyryñe'ẽjepe rojapómi, rombojuaju inimbo pukúpe mokõi so'oku'i (picadillo) ryrukue ha roñemoĩ mombyrymi kañyhápe ha roñepyrũ roñomongeta. Ndoroguerekóimiva mangapy (pelota) ha ore rojapónte ao tujakuégui, romongu'i ha romoĩ py'ao tujakúpe ha romboapu'a ha sapy'ánte ku orerogaygua omymbajukamba'éramo pe mitã ogajára ra'y katuetei ojepoepy peteĩ mangarãme, pe vaka tyryrukue oñeme'ẽ chupe ha upéva rombovu mba'ysyvo rovykãnguépe ha roñapytĩ inimbópe ha roñembosarái hese okapuha peve.

Sapy'ánte avei rojapómi vyvrapyrýri (tromo) arasaguigua pe iporãvéva, ambuejeykatu roha'ã valita, jejapi jeike chipiũre térã pytasã jejapi térãkatu pe ojavýva valita ha'e pe jopói, avei rombyatýmiva mba'ehe'ẽ (caramelo) pire ita'angáva ha roha'ã cultu jo'a. Peichamiva'ekue mitãreko ymaguare, apañuai'ỹre, jeguakaita'ỹre hakatu vy'apavẽme.

Ñe'ëndy : vocabulario

Hi'upy: comestible

Karéiguigua: de plástico

Kyvõ: hacia acá

Mangapy: pelota

Mba'ehe'ẽ: caramelo

Mboypýri: al otro lado del arroyo

Ñevanga: juguete

Okaháre: en la campiña

Pepirũjoa: invitan

Puhoe: radio

Pumbyryñe'ẽ: teléfono

Pumbyrypo: celular

So'oku'i: picadillo

Ta'angambyry: televisión

Távare: en la ciudad

Tukumbo: rebenque

Vida de piedra 2

Registro N° 2102267031631

Tuty: tío, tía

Yjere: remolino de agua

Yrape: cauce

Yvyrapyrỹi: trompo

El Duende de los animales

Recuerdo en aquellos tiempos mi tío Juan siempre se iba por el bosque a cazar animales y siempre traía animales silvestres, entre ellos suelen aparecer jabalíes, venado, armadillo, tapir o algunas aves monteses, a veces paloma, paloma torcaz, tucán, loro y otros.

Así andaba cazando animales y tenía como socio a un muchachito que siempre la acompañaba cuando se iba al bosque, al principio se iban de vez en cuando pero después ya se convertían en viciosos, cada día ya se iban, al pasar nomás le llamaba a Panchito y ya se iban, él se colocaba a la orilla del camino debajo de un gran árbol de yerba mate y desde ahí tiraba a las palomas y Panchito volando ya se iba a recoger, muchas palomas cazadas traían en sus bolsas, ya nadie podía comerla toda, ya se perdían mucho.

Así andando un día ya volvieron a la tarea de siempre, cazar palomas, al llegar al yerbal muchas palomas se bajaban por los gajos de los árboles, tiró y echó tres de un solo tiro y Panchito a su estilo atropellando el yuyal va juntando lo caído, mi tío en ese momento vio una paloma torcaz grande y muy hermosa, se acomodó y pummm..... tiró, le pareció que acertó, se acercó lentamente a buscar, vio debajo de una plantita y se

agachó a tomar, alzó, miró y encontró un bulto grande de bosta de vaca y ahí tembló y se acordó lo que le decía siempre su madre “ Mi hijo, no persigas demasiado las aves silvestres, ni mates sin necesidad, cuidado, te vendrá su duende protetor” y ahí en apuros gritó a su cómplice, Panchitoooooooo venga ya nomás para irnos ya es suficiente, y desde ese momento dejó de matar animales silvestres sin necesidad.

Mymba Jarýi

Chemandu'ánte yma che tio Juan ohómi'arã ka'aguýre omymba juka ha katuetei oguerumanteárã mymba ka'aguy, umíva apytépe katuete jajuhu kure ka'aguy, guasu, tatu, mborevi térã guyra opaichagua, sapy'ante pykasu, jeruti, tukã, tu'i ha ambueve.

Upéicha oikómi omymba juka ha oĩ peteĩ mitãrusu omoirũmiva chupe ohotajave ka'aguýre, tenonderã sapy'a py'ánte oho ha upéikatu iñakãrakuve ha mantereíma oho, ohasakuévonte ohenói Panchitope ha ohóma hikuái, ha'e oñemoĩ pe tape rembe'ýre umi ka'a tuicháva guýpe ha upe guive ojapi umi pykasu ha Panchito sororópema oho ombyaty, heta heta oguerújepi vokópe pykasu re'õngue, avavéma ndo'upavéi ha oñembyaipareíma.

Péicha oikohágui hikuái peteĩ ko'ẽme ohojeýma omymba juka, oꞑuahẽvo ka'atýre heta pykasu ojepoi umi yvyra rakãre, oha'ã ha oity mbohapyvoi peteĩjeýpe ha Panchito hekópe osororóma ñanandýre ombyaty umi ho'áva, che tiokatu ohecha karapete peteĩ jeruti tuicha ha iporãitereíva, oñemoĩ porãje ha pummmm..... ombokapu, ojapivaicha ichupe, oho mbeguekatu ojepovyvy hese, ohecha peteĩ ñana'i guýpe guyravaicha ha ojavyvy oipyhy ohupi, omañávo hese ojuhu peteĩ vaka rekaka akytã guasu ha upépe ipy'atytýi ha imandu'a isy

he'imiva chupe rehe "Che memby, aníke guyra remuñaiterei ka'aguýre, ani rejukaparei, cháke, oúne ndéve ijarýi" ha upévo pya'epejeko osapukái iñirũme, Panchitooooooooo ejúntema jaha iporãma ko jajapóva, ha upe guive ndojukapareivéi mba'evéichagua mymba.

Niños del ayer

Los niños del ayer
educados suelen ser
no se acercan para ver
la presencia de otro ser
aunque tanto quiera ver
todas las cosas también
si nadie les dice ven
pasa lejos por su bien.
Niños de aquellos tiempos
son cabezudos inmensos
y para esos momentos
un látigo tremendo
por su pierna escarmiento
ya tomó su medicamento
que no haya un lamento
la siesta sea en silencio.
Ellos son respetuosos
también muy afectuosos
cuando se sientan dichosos
con la abuela, amorosos
en los juegos virtuosos
sentimientos provechosos

antes noche portentoso
ya en la pieza el grandioso.
Inquieto a toda hora
griterío sin demora
a su madre la adora
su vida trabajadora
rapidez alentadora
ocupado sin demora
Su andar muy voladora
sin pereza arrolladora.
A mi alma complaciente
su sonrisa reluciente
con alegría ferviente
por la tierra de torrente
y las lecciones pendientes
aprende constantemente
para no ser ignorante
y en la vida atorrante.
Así es la vida del ayer
los niños al parecer
nunca preocupa su ser
ni angustia por doquier
juntos juegan muy bien
gozando del bien querer
aunque dejan entrever
todas las cosas del revés.

Mitã ymaveguare

Mitã ymaveguare
 Iñe'ërendu katuete
 Ndojamo'ãi oma'ë
 Mba'évéicha nderehe
 Reínte ku ohechase
 Avei opaite mba'e
 Ndoje'éiramo chupe
 Mombyrymínte ojere.
 Ymaveguare mitã
 Rasa iñakãhatã
 Upéichajave ġuarã
 Oimehína tymasã
 Hetyma oñenupã
 Ho'úma ku ipohã
 Anivéntema haġua
 Asaje omopararã.
 Ha'ekuéra ipoyhu
 Orekóva mborayhu
 Ikatúrõ opytu'u
 Ijarýi omokunu'ũ
 Ñembosaráipe ojuaju
 Ombohasa hemiandu
 Oġuahẽ mboyve pytũ

Kotýrema ojasuru.
 Reínte ku ndopytái
 Ha ko'ẽre osapukái
 Isýpe ogueropojái
 Tekove porã jajái
 Márõ ndahupytyháí
 Tağeme ojejokuái
 Yvýre ha'e ndojái
 Ate'ỹ avei ndoikuaái.
 Che ñe'ã ombohory
 Ahechárõ ipukavy
 Tetia'épema ojeity
 Yvýre ku otyryry
 Ha umi imbo'esyry
 Pya'ete oikuaapyhy
 Ani hağua pe tavy
 Hese oñembohory.
 Peichamiva'ekue
 Mitã ymaveguare
 Nome'ẽiva py'arağe
 Ha jepoyhuvaiete
 Ñomoirũme oikove
 Ovy'a oñondive
 Ohejaramojepeve
 Sarambi hapykuere.



Juan Félix González

Nacido en la ciudad de Yataity del Norte el 29 de julio de 1962.

Su educación primaria lo realizó en varias escuelas y su bachillerato lo concluyó en el Colegio Nacional (Julio A. Cartasso) hoy Colegio Nacional Yataity del Norte, donde salió como mejor egresado de su promoción.

En el Instituto de Formación Docente de San Estanislao se recibió de Profesor de Educación Primaria, luego en el Ateneo de Lengua y Cultura Guaraní Regional San Estanislao se recibió de profesor de Lengua Guaraní. Después en el Instituto de Formación Docente Privado San Estanislao culminó la especialidad de Administrador Educativo

En el Instituto de Educación Superior Ateneo de Lengua y Cultura Guaraní hizo su Licenciatura en lengua guaraní, Maestría en lengua y cultura guaraní y Doctorado en lengua y cultura guaraní.

Inició su tarea educativa en 1986 y se jubiló en el año 2016. Fundó varias instituciones como: La Asociación de Educadores de Yataity del Norte (ASEYAN); la Asociación Yataityeña de Universitarios Desarrollando Acciones (AYUDA); la Cooperativa Multiactiva de Ahorro, crédito,

producción y servicios Ltda. ÑOPYTYVÕ y el Colegio Nacional “12 de Junio”.

También ha creado el Departamento de Cultura de la Municipalidad de Yataity del Norte, logrando la creación de un ballet Municipal y la creación de una escuela de Música.

Actualmente es Miembro Correspondiente de la Academia de la Lengua Guaraní, miembro titular del Ateneo de Lengua y Cultura Guaraní, miembro titular de AKA (Avañe’ẽ kuaarekaha Aty) y tiene escritos los siguientes libros: Mombe’upy Memete (Leyendas), Las Relaciones Interpersonales Interpeladas, Pilar Fundamental de la Administración Educacional, Revista Bilingüe Apytu’ũ Poty Roky y Tajy Poty un libro bilingüe en castellano y guaraní



Dalia de Jesús Romero

Corrientes Capital- Argentina



Una cicatriz feliz

Absorta, parada frente al viejo ventanal, mirando sin ver; un ruido sordo me trae a la realidad. Asustada, busco el origen del impacto que interrumpió mis pensamientos. Y veo a través de la ventana a dos niños corriendo, Riendo de la travesura que habían hecho: hicieron estallar un cohete navideño.

En ese preciso instante, entra mi prima Carmen al cuarto donde estoy y alborotada, pregunta:

- ¿Qué fue ese ruido? ¿Qué pasó?

Sonriendo le comento lo que observé. Ella me contestó con un ¡Vaya susto que me pegué!

La tomé de las manos y le indiqué que se sentara
¿Sabes qué, Carmen? Estuve pensando en los momentos

felices que pasamos cuando éramos niñas. (Mi prima Carmen, se crió conmigo, así que más que prima, es la hermana que nunca tuve.)

Su mirada se iluminó con una dulzura que solo yo conozco. –Cuéntame, cuéntame- me dijo.

... Recordaba nuestros juegos.... Por ejemplo: las escondidas. Éramos muchos chicos en el barrio. En ese entonces la calle todavía no estaba pavimentada y había muy poco tráfico (por no decir ninguno). Muy pocas casas, varios terrenos baldíos. ¡Así que teníamos tantos lugares para escondernos! Uno de nosotros se ponía contra la pared, se tapaba los ojos y contaba del uno al cincuenta. Todos los demás corríamos a buscar un lugar para ocultarnos. Terminaba de contar y buscaba a los demás, sin alejarse mucho del lugar. A medida que descubría los escondites, gritaba: Piedra libre para.... (Decía el nombre) y, así uno a uno. Al instante que decía nuestro nombre, debíamos correr al lugar que llamábamos “TUA” (hasta hoy día no sé lo que significa esta palabra). El que llegaba último le correspondía contar en la próxima vuelta. Y así, en medio de risas y corridas pasaban esas hermosas tardes.

Carmen, te acuerdas que en uno de esos juegos, venía

Carlitos corriendo para tocar la Túa y yo corría también, pero en sentido contrario. No nos dimos cuenta y chocamos, con tan mala suerte que mi frente fue a dar con el filo de la pared. Al instante sangraba y yo, lloraba a más no poder. Mamá cuando escuchó mi llanto, acudió inmediatamente a ver qué pasaba. Cuando me vio con sangre en el rostro, me alzó y me llevó a upa hasta la Asistencia Municipal, que quedaba cerca de casa.

Allí me atendieron, me limpiaron la herida, me suturaron. Volvimos a casa.

Al llegar, todos los chicos estaban sentaditos en la vereda, quietitos, esperando mi regreso. Al verlos así, yo les decía con una fingida sonrisa en medio de lágrimas de dolor: - No fue nada, no fue nada.

Esa herida me dejó en la frente una cicatriz para toda la vida. Pero te comento, es una cicatriz con hermosos recuerdos y todos los días, al mirarme al espejo la veo y al verla vuelvo a ser la niña feliz que era.

Jugando a ser niños otra vez

Mirando con nostalgia el viejo álbum familiar, unas lágrimas se escapan atrevidamente y me nublan la vista.

Son fotos en blanco y negro, pero guardan tantos colores, que un arco iris parece asomarse a través de ellas, iluminando mi infancia tan feliz.

-Esta es Yoly y la de al lado: Baby. La rubiecita es Eva y la morochita Zulema. Estamos en mi cumpleaños. Mirá, aquí haciendo el trencito, jugando al Martín Pescador.

- ¿Te acordás cómo se juega?

- Llamemos a los demás y ¡juguemos! Mi prima me miró como si yo estuviese loca. Y volví a insistir: ¡Dale! Llamale a los demás, ¡les va a encantar!

En el otro cuarto se encontraban mis primos y amigos. Cuando Carmen los llamó, vinieron inmediatamente. Ella le explicó mi idea, todos se miraron y una amiga mía dijo:

-¡Sí! ¿Por qué no?

- ¡Vamos a jugar como cuando éramos niños!

Carmen y yo nos tomamos de la mano y cada una eligió el nombre de una fruta (por ejemplo: pera y manzana), sin

que escuchen los demás. Al instante formaron un trencito y nosotras levantando los brazos con las manos entrelazadas dejábamos que pasen cuando ellos nos cantaban:

¿MARTIN PESCADOR ME DEJA PASAR?

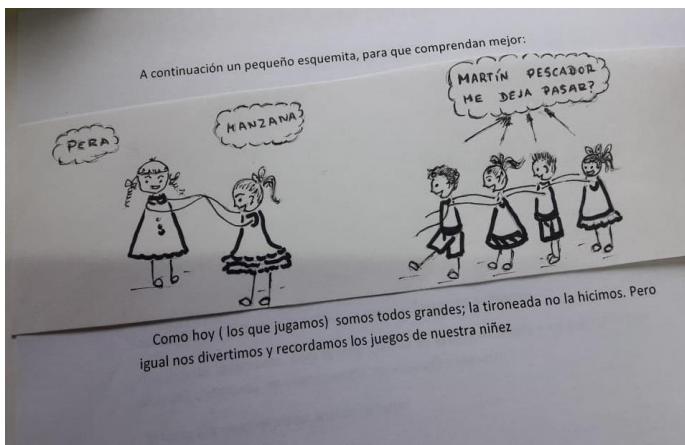
Nosotras le contestábamos:

PASARÁ, PASARÁ, PERO EL ÚLTIMO QUEDARÁ.

Al llegar el último, preguntábamos al oído, te gusta: ¿pera o manzana? y de acuerdo a la fruta que elegía. Iba detrás de la que correspondía. Y así hasta el último. Luego ganaba el que más participantes tenía detrás. Para ser más entretenido, nos tironeábamos para ver quién tenía más fuerza y el que soltaba primero: perdía.

No faltaban, a veces, las discusiones. Porque se hacía trampa: Cuando pasaba el trencito, sin que escuche la compañera, haciendo muecas decía el nombre de la fruta para que tu amigo/a diga el que te correspondía y así ganar adeptos.

A continuación un pequeño esquemita, para que comprendan mejor:



Gallito ciego

(AÑO 1958)

Tardecita de un día primaveral, Un barrio tranquilo, de clase media, en cada casa la existencia de por lo menos un niño. Todos nos conocíamos, nos saludábamos, nos reuníamos, jugábamos. Mientras nuestros padres, en la vereda, sentados con otros vecinos, tomando mate y hablando de cosas cotidianas nos cuidaban celosamente.

-¡Vamos a jugar! Ya están los chicos esperando – gritó mi hermano.

-¡Vamos, ya terminé mi tarea! ¡Vamos! – respondí aceleradamente.

Efectivamente: Yoly, Baby, Tomás, Carlitos, Zulema y Eva ya estaban esperándonos. Éramos todos niños del mismo “pasaje o cortada” como la llamábamos. Habíamos nacido allí, por lo tanto nos criábamos como si fuéramos hermanos.

Jugábamos libremente, pues la calle todavía no estaba asfaltada y no existían tantos vehículos circulando, en consecuencia, no era nada peligroso.

El tema era elegir el juego: debíamos votar.

¿A qué jugaremos?

- ¿A la capichúa?-

- ¿A la embopa?
- ¿A la ronda?
- ¿Al gallito ciego?
- ¿A las escondidas?

¡Teníamos tantos juegos para elegir! Por mayoría ganó “El gallito ciego”.

¿Cómo se jugaba? Para saber quién sería el primer “gallito ciego” cortábamos palitos y cada uno elegía uno, sin mirar. Al que le tocaba el más corto: ese era el elegido.

Tapábamos sus ojos con un pañuelo o una cinta ancha. Bien atado, de manera que no vea nada. Lo poníamos en el centro y lo girábamos para que se desoriente. Mientras los demás se movían de un lado a otro. “El gallito ciego” comenzaba a caminar con los brazos extendidos para tocarnos, nosotros nos corríamos de lugar. Cuando al fin tocaba a alguno, debía decir su nombre. Si coincidía: pasaba a ser “gallito ciego” y así sucesivamente. Transcurríamos horas jugando. Si nos aburríamos, cambiábamos de juego.

Llegaba la noche y los llamados de nuestros progenitores nos volvían a la realidad:

-¡Chicooooooooos, a cenarrrrr!

Cada uno a su casa, a su hogar. Cansados y felices, esperando el día siguiente para continuar.



DALIA DE JESUS ROMERO

Escritora correntina nacida el 24 de diciembre de 1950. Es miembro del Taller Literario Ñasaindy de la Sociedad Argentina de Escritores, Seccional Corrientes y socia activa de la SADE. (Sociedad Argentina de escritores). Es Socia activa de SIPEA (Sociedad Internacional de Poetas, escritores y artistas) Filial Argentina de SIPEA México / Actualmente alumna del Taller RECREARTE, bajo la dirección de la artista plástica Profesora Licenciada Mariana Dizantti. / Obtuvo el Premio Corrientes 2014, otorgado por POEPI YAPO "Premio a los hacedores". . / Obtuvo la distinción de la SADE de Corrientes, por permanente aporte a las actividades culturales y difusión de las letras. (2017) / Participó en: La feria del Libro de Corrientes (2013 y 2014) / Primer Feria del Libro en las Breñas (Chaco) "En el Breñal, leer es crecer..." (2014) / Taller "Estrategias narrativas" (2014) / Taller "Exigencias de la nueva poesía" (2014) / 9º Congreso Argentino de Escritores S.A.D.E. – Córdoba (capital). (2015) / La VI Feria Provincial del Libro de Corrientes. (2016). / Il Café

Literario, organizado por el Profesorado de Ed. En Lengua y Literatura del Instituto Superior de Formación Docente "Juan García de Cossio, San Roque Corrientes. (2016). / I Encuentro de Escritores del Litoral: SAADE y Biblioteca Vicente Blasco Ibáñez. (2017). / VII Feria Provincial del Libro de Corrientes. (2017). / Experiencia Chamamé al estilo Ñañaúva, en la Biblioteca Ñañaúva. (2018). / X Encuentro de Escritores en Tilcara, Jujuy. (2018). / Feria del Libro en Apóstoles (Misiones) 2018. / Reconocimiento de la Municipalidad de Berón de Astrada en la Segunda Feria del libro regional bajo el lema "Identidad" (Ordenanza Municipal 11/18) / Reconocimiento en Margarita Belén en el Encuentro en la E.P.A No.41 "José Alberto Encinas". Biblioteca Escolar Popular "Maestro Francisco Agostini". Instituto de Educación Superior "Domingo Faustino Sarmiento" (2018). / Distinción de la Unión Hispanomundial de Escritores en el Primer Encuentro Internacional de Escritores (2018) / X CONGRESO ARGENTINO DE ESCRITORES DE LA SADE en la ciudad de Buenos Aires. Y 90 Aniversario de la Sociedad Argentina de Escritores (2018) / Integra con sus poemas y narrativas en la: Colección V. Blasco Ibáñez. ANTOLOGIA. Libro II "Poetas de Corrientes Siglo XXI" Grupo Sociedad Argentina de Escritores. La Casa de los Colores. Taller Literario Ñasaindy / Antología Internacional "Mujeres al Borde del Abismo II" Tomo 1 / Colección 90 Aniversario de

la Sociedad Argentina de Escritores 2018 "POESIA" /
Mujeres Mbaerete Iteva, Antología Internacional /
Publicó: "El Silencio de mis palabras". (2014). / "Brotos de
mi alma". (2016) / "Remanso"



Piedad Benita Betbeder Vildósola de Berardi

Corrientes Capital



Barrio Yapeyú

1979 nos marcó. Creí que nunca me acostumbraría a este nuevo barrio y ya hace cuatro años que estuvimos aquí y todo me es tan familiar que sonrío complacida.

Llamo a tomar la leche a mis varones que corren, caen y patean detrás de una pelota en la placita de enfrente junto a otros iguales a ellos, más los perros que los acompañan con sus ladridos formando un sólo equipo. Veo a Pichango, el placero, cumpliendo la función de DT aunque sentado cómodamente en el banco, pegado a la casilla de madera de un color verde desteñido.

- Mamá -Me pregunta Gabriel- ¿Vos sabés cómo se llama la placita de enfrente?

- No. Ni idea. No tiene nombre. Ningún cartel lo indica.

- Sí, que tiene nombre. Se llama Primera Junta ¿Sabes por qué?

Vida de piedra 2

Registro N° 2102267031631

- Y sí, por la Primera Junta de Gobierno de nuestra historia.

- ¡No, mamá! ¡No! Pichango nos contó que se llama así porque en esta placita es dónde los chicos del barrio nos conocemos desde chiquitos y nos encontramos para jugar... es nuestra **primera junta**. Dice Pichango que después tendremos otras juntas, pero que esta primera, nunca la olvidaremos.

- Es verdad, hijo. Pichango tiene razón... y me encanta el nombre de la placita.

Hoy, veintiocho de junio de 2009, día de elecciones, acabo de votar en la escuela N° 430. Y espero a mis hijas (que aún no lo hicieron) en el interior del auto que me sirve de palco. Ya no vivo en este barrio. Observo a unos chiquilines y perros corriendo detrás de una pelota.

Pero no son mis hijos Enzo y Gabriel, ni sus amigos el Polaco, ni Dany, ni Satanás, ni Chu Fin Chu, ni mis bravos perros Malevo, Mataco y Tupac. Y no está la casilla de madera y tampoco Pichango, esa mezcla tierna de DT de fútbol, placer e historiador.

¡Mis chicos y su “primera junta ya están pisando” los cincuenta años!

Otro sábado, “los sábados”

Los sábados eran los días esperados por toda la familia menuda. Comían en casa de los abuelos y allí se encontraban con primos y tíos. El tío Enzo siempre traía helados y la tía Patricia, pastafrola. Además, era la única casa donde se podía jugar a las escondidas dentro de las habitaciones (eso sí, hasta que llegaba el abuelo). Esconderse en los placares y hasta arriba de un ropero, la abuela lo permitía. Sacar las cucharas de sopa del cajón y cavar pozos en el patio, hacer barro utilizando la manguera del jardín y formar pilas de balines para jugar a la guerra, dividiéndose en dos bandos, también estaba permitido.

-Allí llegan. Triiiing... Triiiing... Triiiiiing

-¡Abuela! ¡Abuela! ¡Abrinos! ¡Ya llegamos! ¿No nos oyen? ¡Abran rápido!

Como fueron los primeros en llegar, Bastiana, la perra y Matute, el cachorrón, saltan en la puerta de entrada, como queriendo abrirles.

Gonzalo los quiere y les tiene miedo, pero siente pánico a la fuerza de Matute, que una vez que entran, se ocupa sólo de él, le salta de adelante... de costado. Gonzalo grita:

-¡Fuera, Matute! ¡Fuera! ¡Mamá! ¡Abuela! ¡Ayúdenme!

Gonzalo, en el suelo, encogido, tapándose la cara, quiere salvarse de las caricias de Matute, que lo tiene prisionero entre

sus patas y le lame la oreja, la cabeza y trata, con el hocico, de sacarle las manos con las que Gonzalo se cubre la cara. Lorena, la prima de catorce años, lo salva. Se levanta furioso, le grita, pareciera que llora de rabia, pero termina tirándole un pelotazo y corre hacia adentro de la casa y Matute lo persigue, y así pasan el día Gonzalo y Matute.

Va llegando el resto de la familia y esta vez la escondida es en el patio. El galponcito es un buen escondite; otro bueno es al costado del lavarropas, también en la gran horqueta del mango o debajo de la camioneta del abuelo. Los más grandes, haciéndose los vivos, salen a la vereda y se esconden detrás del tapialito de las rejas, pero la abuela eso lo tiene prohibido.

Así continúan, sin parar, hasta el gran llamado.

-¡A la mesa! ¡A la mesa!

Todos corren a buscar el lugar preferido en una mesa larga debajo de la galería.

-¡Esta es mi silla! – Dice Nanette.

-¡Yo quiero este banquito, siempre me siento en él! -Grita Guido.

-Y a mí qué me importa. Yo lo agarré primero. Forcejea Sebastián, tirando de una pata del banco.

-¡Bueno! ¡Basta! Hay asiento y lugar para todos -. Trata de poner orden Denisse.

-Sentate a mi lado, Chiarita, no llores, que vos también tenés lugar. – Consuela Luciana a la más chiquita, pero turbulenta Chiara de solo cinco añitos.

En forma disimulada Enzo e Iñaki tratan de colocar las botellas de gaseosas cerquitas de ellos, pero todos se dan cuenta de la maniobra y...

-¡Abuela! ¡Abuela! ¡Enzo e Iñaki toman solos la Coca Cola!

-¡Mentira, abuela! Tomen, angurrientos. Nosotros íbamos a servir a todos para que no la vuelquen.

Llega la comida...

-¿Qué comemos hoy?

-¿Qué hiciste de comida, abuela?

-¡Tengo hambre!

-¡Hay pollo con salsa blanca con choclo! – Contesta Muriel que, con Beatrice, que ya tiene dieciocho y diecinueve años y ya comen con los mayores en el comedor, ahora ayudan a servir y calmar a los más chicos.

-¡Salsa blanca! ¡Qué rico!

-¡Qué suerte! A mí servime mucho.

-A mí hasta arriba del pote.

-El otro día a mí me sirvieron poquito ¡Poneme más!

-¡Hay para todos, por favor! ¡Hay para todos!

Gonzalo, que lo único que le gusta es la salsa blanca, busca con la mirada a Matute para llamarlo y darle la pata de pollo que le tocó. La única carne que él come es la de la milanesa, no le importa que los otros se peleen por las patas, no se la pasa a nadie, porque es seguro que le avisarán a la mamá y lo van a obligar a tragar por lo menos un pedacito.

Matute no aparece, se levanta y lo busca debajo de la

mesa de los grandes. No está. Va al dormitorio de los abuelos, revisa debajo de la cama ¡No está! Sube a los cuartos de sus primas: ¡Tampoco!

Gonzalo se acerca a la tía P y E, dueña de Matute, y le dice:

-Tía, Matute no está en ninguna parte.

La tía se levanta de inmediato y comienza a llamarlo.

-¡Matute! ¡Matu! ¡Matute! ¡Tomá, Matute! ¡Tomá! ¡No está! ¡No está! Es seguro que se escapó cuando alguno de ustedes entró.

La tía, al igual que sus hijas, adora a su perro.

La mesa se revuelve, se levantan todos, lo llaman, lo buscan. La tía sale en el auto con Denisse y Nanette; recorren las calles cercanas, preguntan a unos y a otros si vieron un labrador amarillo. Varios dan indicaciones, datos y por fin, en un baldío, mitad bañado y mitad basural, está Matute, feliz, saltando, haciendo piruetas, revolcándose con varios perros y una perrita coqueta a la que Matute le regala sus mejores brincos.

La tía y las chicas, felices por encontrarlo, lo llaman a los gritos; no quieren introducirse en el charco, pero no hay caso: Matute no obedece y allí van las tres, metidas hasta los tobillos en el barro. Lo toman del collar. Matute está hecho una inmundicia, de las orejas hasta la cola, embarrado y con un olor repugnante.

Él ladra y ladra, quiere ser libre, pero sus dueñas no lo entienden, lo meten a la fuerza. Seguramente se despide de

sus amigos de aventura y promete volver a escaparse para jugar con ellos. Los otros, quietos en el medio del charco, lo miran, sin comprender.

Y al llegar a la casa, todos “ayudan” a bañar a Matute.

Matute queda limpio, pero a los chicos los llevan inmediatamente a sus casas a bañarlos, porque están más sucios de lo que estaba el perro.

Retiro - Villa Ángela

Arranca el tren. Retiro se aleja. Los edificios que, desde la ventanilla siempre me anunciaban la llegada a Buenos Aires, ahora me despiden. Tengo ganas de llorar, tengo terror de llegar a casa, de la mirada de papá y como siempre, su silencio, esperando que sea yo quien explique la situación ¡Cómo puedo explicar mi equivocación e irresponsabilidad!

Irresponsable, no... No de un año, sino de tres años perdidos ¡Para mí no fueron perdidos! Pero para él...

No voy a encontrar una aclaración convincente ¿Qué le digo a papá? Es tan difícil conversar con él ¡Cómo quisiera sincerarme! ¡Imposible! No lo entendería. Cómo justificar lo que siento y lo que pasó por mi cabeza en estos años. Sí. Yo quería estudiar Farmacia. Era mi mayor anhelo. La profesora de Física me la cantó cuando preguntó lo que seguiría cada una de las alumnas. “Ni se le ocurra Farmacia; a usted no le gusta, ni tiene facilidad para las Exactas.” No le presté atención. Recién ahora recuerdo su afirmación.

Y así estrené la libertad de ser universitaria. Me sentía eufórica. Todo era perfecto, mejor que lo soñado; nada de controles de entradas, ni de salidas ni de horarios. Todo a mi gusto y manera. La facultad, las cátedras, los profesores y sus ayudantes de cátedras, el anfiteatro de las clases teóricas, los laboratorios de las prácticas, compañeros varones de todas las edades, codo a codo con ellos, preguntándome o

respondiéndome. Después de diez años de internada en un colegio de niñas eso no tenía parangón. Me desbordaba el contento, pero lo más... lo más era la li-ber-tad ¡Cómo le digo a papá que día a día descubrí Buenos Aires; que a mí siempre me entusiasmó la historia, el arte, los cuadros, los libros de novelas, los viajes. Los museos y las bibliotecas fueron una revelación ¡Y las viejas librerías con ese olorcito tan particular! Los conferencistas exóticos, la última película, las galerías de arte, los teatros independientes ¡Qué maravilla! ¡¿Pero cómo lo va a entender!?! Quiero que entienda que no perdí el tiempo ni despilfarré su dinero; al contrario, me nutrí, me hice ciudadana del mundo... Me siento importante, pero tan desgraciada porque no lo va a entender.

El primer año aprobé Biología y Química General; Matemática y Física las rendí tres veces cada una y me bocharon sin contemplaciones. En Química Inorgánica, ni me presenté ¡Y ese fue el año que más estudié! Terminaron las vacaciones y vine dispuesta a sacarme Matemática y Física de encima en la primera mesa, pero ahí metió la cola el diablo; comenzaron los paros, la toma de la Facultad, la lucha entre enseñanza libre o laica. Y me involucré. No pude dejar de hacerlo. Era mi obligación... y es aún mi ideal, una convicción que llevaré mientras viva.

Las marchas hasta Plaza de Mayo, los camiones hidrantes, los gases lacrimógenos, las corridas durante los encontronazos

entre las dos ponencias ¡Hasta en este momento me entusiasmo! Me sentía la Pasionaria, pero clerical.

Sé que no les conté mi participación en esto, pero les escribía diciéndole las causas del porqué no había mesas de examen en octubre. Cuando la lucha había amainado me quedó bien claro que si no aprobaba Matemática y Física en segundo año, no figuraba, y que sin ayuda de un profesor, no las aprobaría nunca. Les escribí. Me da vergüenza acordarme. A la semana siguiente ya lo tenía a Mambrín como profesor de Matemáticas y Física. Ese infeliz de Mambrín, él se daba cuenta de que yo no lo escuchaba. Lo veía llegar y me repelía con este bigotito a lo Chaplin y ese pelo ondulado como una oveja.

Quiero recordar un solo punto que me haya explicado y no puedo; **no me quedó nada.**

Es cierto que mientras que él se explaya en ecuaciones y logaritmos, yo volaba a doscientos por hora por cualquier continente. Y esas vacaciones mentí, por primera vez, para no amargarlos, segura de que el próximo año completaría las que me faltaban ¡Todas las vacaciones con ese peso encima!

En marzo, cuando regresé, papá al despedirme me dijo “No te entretengas... o si es muy difícil para vos, avisanos.”

No lo miré. Sólo pude decir. “No, papá. Me va a ir bien.”

No me fue bien. Ellos lo percibieron pronto y, sin advertirme de nada, llegó el Vasco que, como *buen* hermano me dijo: “Bueno, se terminó; tenés que volver conmigo. Papá y mamá ya

se dieron cuentas que Farmacia, no es lo tuyo; así que prepará las valijas que, en dos días, volvemos a casa”.

No sé si estoy dolida o me han sacado un gran peso de encima, pero siento que todavía me espera lo peor: el momento de la llegada a casa; justificar lo injustificable; la mirada de papá, la cara tensa de mamá. Pongo mi pensamiento en blanco porque si no, me arrojaría del tren.

Estoy en casa. Me abrazaron y besaron, sin reproche alguno ¿Por qué papá, si sos tan rígido, inflexible, exigente e intolerante, no me decís nada? ¿Tanto me comprendés que rompiste todos tus códigos...? O mejor dicho... ¡No sabía que me amabas tanto!



Piedad Benita Betbeder Vildósola de Berardi

Nació el 19 de abril de 1938 en Corrientes Capital. Es Docente jubilada.

Integrante del ex Taller Literario Tanaypo. Participó de las Antologías Cuentoverso 2005 – 2010.

Actualmente pertenece al Taller Literario Ñasaindy.

Obtuvo 2do premio en Cuento del concurso organizado por el Centro de Jubilados 2008.

Autora del libro: “El hilo mágico de la vida” que contiene poesías y cuentos. Está basado en su historia familiar.



Hilda Mireya Betancort Navarro

La Paloma- Rocha - Uruguay



Romance de mi niñez

En el correr de la vida
 muchas cosas han pasado
 pero yo nunca he podido
 olvidar aquello que amo.
 Los días que cuando niña
 desde el campo yo rescato
 me vienen a la memoria
 como un sueño de verano.
 Con amor mi perro viejo
 prendido como caballo
 me paseaba en un carrito

Vida de piedra 2
 Registro N° 2102267031631

que no era un juguete caro.
Jugaba de noche y día
con mis muñecas de trapo
imaginando familias
con papás y con hermanos.
Dos muñecas solamente
tenía para mis juegos
cuerpos de aserrín y paja
cabeza y miembros de yeso.
Debía cuidarlas mucho
para evitar se quebraran
con paciencia y con cariño,
yo sabía que me amaban.
Cuando la lluvia cesaba
correteando por los charcos
era muy grande el disfrute
del frío en medio del campo.
Yo jugaba sin perderme

con caballito de palo
dejando mil huellas hondas
por los caminos de barro.
Después al volver a casa
darme un calentito baño
era lo más merecido,
para mí, el mejor regalo.
En la mesa bien tendida
plato de sopa esperando
al reponer energías
jugar otra vez un rato.
Para dormir en la noche
junto a mi osito y mi gato,
con el susurro del viento
me arrullaba un cuento largo.
Por eso en aquellos tiempos
por más que parezca extraño
vivíamos muy felices
solamente con lo amado.

Por culpa de una guiñada

Era la época en que el ferrocarril tenía su auge como medio de transporte. Ir a la estación para viajar o para enviar alguna carta o encomienda, era en sí, un paseo muy deseable. Adela y Magnolia eran dos jovencitas que vivían en el campo a pocos kilómetros de la ciudad. Hasta allí viajaban en tren semanalmente para realizar sus estudios. Adela, la mayor, ya tenía novio; aunque sus padres no estaban muy conformes con la relación, habían tenido que ceder a los caprichos de la muchacha que insistía en que ya había cumplido los dieciocho y estaba en edad de noviar. A Magnolia, sin embargo, parecía no interesarle demasiado la idea de enamorarse; jovial y dicharachera, siempre estaba pensando en alguna travesura cuando se aburría de estar entre los libros.

—Adelita ¿Tu hermana no tiene novio? Yo tengo un amigo que está interesado en ella, si te parece se lo presento —

Le susurró al oído Juanito, aprovechando el momento que estaban solos y pensando en la manera de verse libre de las bromas pesadas de su futura cuñada, que no los dejaba en paz ni para respirar.

—Magnolia ¿novio? Si ella solo piensa en estudiar y jugar

—Le contestó muy segura la morocha, mientras se acurrucaba en los brazos de su amado, aprovechando un momento de intimidad

—No sé, pero podemos probar. Mañana cuando vayamos a la plaza le digo a Isidoro que vaya y así se conocen— contestó el muchacho con picardía.

—Ja, ja, probemos. Tarea difícil, creo —Dijo ella, que conocía muy bien a su hermana.

Al día siguiente en la plaza:

—Fíjate Magui, allá aquel joven sentado en el banco ¿Lo ves?

—Sí, ¿quién es? ¿Por qué mira tanto hacia acá?

El muchacho parecía un poco tímido; rubio de ojos claros, alto, bien vestido; cuando se daba cuenta que Magnolia lo estaba observando se hacía el distraído y miraba para otro lado.

—Es Isidoro, un amigo mío, si quieres lo llamo y conversan un rato —Contestó rápidamente Juanito, creyendo que la nueva pareja ya estaba formada.

— ¡Ni sueñes! Estoy muy bien así — Ella se volvió y continuó tirando miguitas de pan a las palomas como si solo eso le interesara.

Sin embargo, de tanto en tanto dirigía su vista hacia el banco donde continuaba sentado su reciente admirador. Se cruzaban sus miradas y a veces hasta alguna sonrisa cómplice, pero de eso no pasaba.

Los días transcurrieron como siempre, pero a todos lados que iba la rubia Magnolia, se encontraba con el joven apuesto de la plaza, que la miraba y la miraba pero no le decía nada.

—Dime Juanito ¿Qué quiere conmigo tu amigo, el de la plaza? Donde quiera que voy lo encuentro, pero lo único que hace es mirarme y mirarme... muy callado.

—Ah! Si... creo que está enamorado de ti y no se anima a decírtelo. ¿Tú qué dices?

—Ja...ja...Rió la chiquilina sin contestar nada pero dando a entender que le gustaba la idea.

Esa noche cuando se encontraron, Juanito no titubeó en darle un empujoncito a Isidoro para que se decidiera finalmente a acercarse a la muchacha.

— Isidoro...mañana a las tres de la tarde anda a la Estación del ferrocarril, mi novia y su hermana se van para el campo, estoy seguro que con una guiñadita cae a tus pies, no dejes pasar la oportunidad.

Isidoro estaba apostado en el andén esperando la llegada de su enamorada. Cuando la vio venir no apartó de ella su mirada y cuando ella posó sus ojos claros en los

suyos, le guiñó el derecho en actitud cómplice. La reacción estuvo muy lejos de ser la esperada. Hasta el día de hoy el muchacho no ha podido entender por qué razón, Magnolia nunca más volvió a mirarlo ni a darle la más mínima oportunidad de acercarse.

—A ver Magui, ¿qué te hizo Isidoro que nunca más has querido verlo a los ojos?

—Es que... ¡me hizo una guiñada! ¿Quién cree que soy yo? Esa falta de respeto no se la perdonaré jamás.

Sin duda, eran otros tiempos y las relaciones entre los jóvenes eran muy distintas a las de hoy.

Patio viejo

En el patio de mi casa
las travesuras que hicimos,
entre plantas y canteros
corríamos cuando chicos.

Era muy linda la vida
sin preocupación ni pena,
saltando con un pie solo
jugamos a la rayuela.

Al tangerino del fondo
cuantas veces nos trepamos,
a escondidas y en silencio
muchas frutas en las manos.

Nos deleitaba la boca

el azucarado jugo
de las naranjas de ombligo
sin igual, como ninguno.

Al llegar la primavera
los durazneros en flor
nos llenaban de alegría.
¡Todo rosa alrededor!

Había un peral viejito
que muchas frutas nos daba,
la mermelada de peras
para comer con cuchara.

Y los manzanos enanos
orillando los canteros,
manzanas de todo tipo,
al sol orejones secos.

Bajo el jazmín gigantesco
por las tardes en verano
ricos bizcochos caseros
acompañando el amargo.

Fueron pasando los años
y siempre con el recuerdo
vuelvo a ese patio querido
rememorando lo bueno.

Que pena que muchos niños
pasan ahora encerrados
prendidos a una pantalla
como "zombis" alienados.

Mi compu

—Esta maldita computadora me tiene mal, desde que decidí comprarme una portátil no hago más que sufrir. Se me borran las letras... cuando escribo algo y quiero guardarlo... se desaparece y ¿dónde lo encuentro? Seleccionar, copiar y pegar, ¡qué invento! Pero casi nunca me sale bien. Solo yo me meto en esto, sin saber. Tendré que hacer un curso urgente de actualización informática, si no, no podré salir adelante. Aunque tal vez si le pido a mi vecina, que es profesora en una academia, me pueda dar una mano como la vez pasada, ella es muy buena y siempre se pone a las órdenes. De alguna manera lo tengo que solucionar porque ahora, esta es mi mejor herramienta y no sé qué haría sin mi computadora nueva. Aunque hace un rato la traté de maldita, yo la quiero y valoro mucho lo que facilita mi trabajo; toda la información que obtengo en un instante, es increíble. Pero el tiempo, el tiempo que me lleva esta máquina infernal,

es asombroso. Además se me cansa la vista, me duelen los hombros, la nuca y la espalda si permanezco mucho rato escribiendo o leyendo. He decidido tomar algunas medidas: primero: no permaneceré frente a la pantalla más de una hora continuada; segundo, tendré en cuenta un video que vi recientemente que explica a qué distancia debemos poner la silla, la altura correcta de la mesa, la posición de las piernas y los brazos y otras recomendaciones muy útiles a la hora de usar este instrumento; tercero y último: mañana mismo empiezo un curso de computación.

—Pasado este momento de rebeldía me he puesto a pensar: ¿Quién me obliga a usar la computadora? ¿Por qué me someto a tanto esfuerzo? En otra época todo lo escribía a mano, con una caligrafía que era envidiada por muchos y aunque me llevaba bastante tiempo, el resultado era buenísimo. Cuando aprendí a escribir a máquina, empecé a pasar mis escritos, pero aunque era más rápido y todo quedaba muy bien presentado,

también resultaba muy cansador. La verdad...la computadora portátil ha sido una solución.

— Me causa un poco de risa pensar en los comienzos; cuando era niña y estaba aprendiendo a escribir, usaba una lapicera con pluma de metal que se mojaba en tinta a cada rato para poder seguir escribiendo; cuando la pluma se abría, había que cambiarla porque las letras comenzaban a quedar más gruesas y se hacía un enchastre sobre la hoja. Para secar la escritura se usaba un papel "secante" que absorbía el exceso de tinta ¿Lo fabricarán todavía? ¿Para qué se podría usar ahora? Si no tenía papel secante usaba una tiza blanca que cumplía la misma función.

—Les contaré algo que me sucedió y lo recuerdo vivamente por las consecuencias que tuvo en su momento. Los bancos llamados "Varela" que usábamos en la escuela, tenían por característica que el asiento de los dos niños que estaban adelante era unido a la mesa de los

dos que estaban atrás. En el medio de la mesa había un hueco donde se colocaba el tintero y se llenaba con tinta cuando se iba a usar la lapicera. Era un lunes y yo había llegado con mi túnica blanca de falda tableada, almidonada y recién planchada. Delante de mí, se sentaban dos varones bastante inquietos. Cuando la maestra ordenó que nos preparáramos para escribir con tinta, saqué mis hojas "Tabaré" de doble raya y mi lapicera con la pluma recién puesta, la coloqué en la ranura del banco y esperé que la maestra llenara el tintero para comenzar la copia del pizarrón. Ni bien lo hizo, mis compañeros de adelante se dieron vuelta para mirar como escribía yo, dándole una sacudida al banco. Fue entonces cuando el tintero se derramó chorreando la tinta sobre mis hojas recién compradas y mi primorosa túnica. Las manchas de tinta nunca salieron de la tela blanca por más tratamiento con sol y limón que mamá les hizo; nunca me olvidaré de la reprimenda que recibí y creo que los niños del banco de adelante tampoco se habrán

olvidado de la penitencia, sin recreo por varios días, que les impuso la maestra.

— Más tarde se inventó la lapicera fuente, ésta tenía un depósito de goma donde se cargaba la tinta. De este modo no tenía que estar mojando la pluma a cada rato para escribir, ni había por qué usar el tintero en el banco. Todos los apuntes que tomaba en clase con un lápiz de grafo, los pasaba luego a mis cuadernos con mucha prolijidad usando mi lapicera fuente de color marrón, aún creo que la tengo en alguna caja, voy a buscarla y la guardaré como reliquia histórica. También la usaba para sacar apuntes de los libros cuando estudiaba, porque las fotocopias no existían. Mucho más ventajoso porque de ese modo, leyendo y tomando apuntes, los conocimientos se iban fijando con mayor facilidad.

—Después vino el bolígrafo, lapicera muy práctica con un tubo de tinta pastosa que va saliendo al resbalar por una bolita giratoria cuando se apoya sobre el papel; la

escritura queda muy prolija...siempre que no se empaste y deje un pelotón de tinta adherido a la hoja, y ahí sí, no hay papel secante ni tiza que valga, ni hablar si se vuelca en los bolsillos o se raya sin querer la ropa, es muy complicado de sacar.

—Las lapiceras de fibra vinieron a solucionar en parte este problema para la escritura a mano. Pero la computadora portátil y la laptop han sido un gran invento para la escritura mecánica.

— ¿Cuál será el próximo invento? ¿O ya existe alguno y yo no lo sé?

—Sea como sea, si es para bien ¡será bienvenido!

La vitrola

Era un mueble grande .Allí se colocaban los discos de pasta que contenían canciones y danzas. No sé por qué mecanismo interno, el redondel comenzaba a girar. Había que mover un brazo de metal que contenía una fina púa y colocarla al comienzo de las ranuras del disco, entonces éste emitía sus gratos sonidos. Parecía increíble que aquello pudiera suceder, los oídos se hacían grandes para no perder ningún acorde y al compás de la música los presentes no tardaban en comenzar a mover el esqueleto.

Todo era algarabía, las parejas una a una, comenzaban a llenar la pista; los muchachos tomando por la cintura a sus compañeras, aprovechaban la oportunidad y ellas con recato intentaban alejarlos poniendo firmemente la mano en su hombro para guardar distancia; otras, por el contrario, no dejaban pasar la ocasión de hacer arrumacos siguiendo el ritmo. Nadie se molestaba cuando

por haberse rayado el disco de tanto girar, la púa saltaba y repetía indefinidamente el mismo trozo de la canción.

Los más veteranos pedían que pusieran algún tango de Gardel para poder bailar a gusto, cuando esto sucedía la pista quedaba casi vacía y los mejores bailarines hacían lucir sus dotes.

En cierta oportunidad mientras todos seguían atentos el compás del dos por cuatro, repentinamente la música se cortó y a continuación del silencio inicial, un tumulto de protestas llenó el ambiente. Como Manolo, que era el encargado de dar cuerda a la vitrola, ese día se sentía algo indispuerto y había salido a tomar aire y armar un tabaco, Juan, que era el más comedido, comenzó a hacer girar la manivela, de pronto pareció que la música recomenzaría pero tras unos breves acordes el disco titubeó en sus giros, dando un ronquido agónico.

Nuevamente las protestas llenaron el salón pero no lograron por sí mismas recuperar la músicaailable.

Concluyendo que habría que trasladar la vitrola a la ciudad para que la repararan, los bailarines decidieron seguir igual. Como tenían la música recientemente escuchada, prendida en sus oídos, con silbidos, tarareos palmas, pudieron reconstruirla y la noche de diversión continuó hasta la salida del sol.

La plancha a carbón

Actualmente casi nadie plancha la ropa antes de usarla.

Sin embargo, en otros tiempos no hacerlo era inadmisibile.

Luego del lavado, que se hacía a mano, todas las prendas debían ser rigurosamente acariciadas, por el derecho y el revés, con la plancha caliente. Esto se hacía por distintos motivos: primeramente para secar algún resto de humedad que tuviera, de ese modo también se mataban posibles microbios que pudieran resistir al lavado y con el calor serían destruidos, pero lo más importante, era la presentación de la ropa .Luego del planchado debía quedar sin absolutamente ninguna arruguita para guardarla doblada o colgada en las perchas, según la prenda que fuera. Toda una técnica que las mujeres aprendíamos desde pequeñas, porque el

planchado como tantos otros trabajos, era considerado exclusivamente femenino. Como no había corriente eléctrica se usaban planchas a carbón. Estas eran de hierro, muy pesadas. La parte inferior debía estar muy pulida y limpia para no ensuciar o arrugar la ropa al deslizarla sobre ella. El carbón se compraba ya pronto, se colocaba dentro de la plancha y se encendía arrimándole un fósforo, luego se le daba aire moviéndola en forma de abanico para que terminara de encender; para que no se apagara, de vez en cuando había que sacudirla nuevamente, haciendo que el aire entrara por los orificios que tenía a tal fin. Si se apagaba el carbón, comenzaba a salir humo, muy tóxico y capaz de arruinar el lavado más perfecto. Si en la cocina a leña había brasas se usaban estas, en lugar de carbón. La temperatura de la plancha solía probarse mojando un dedo con saliva y tocando suavemente, el sonido que hacía indicaba si estaba como para planchar, si muy fría o muy caliente. Si estaba muy fría era sencillo, se ponía más carbón encendido pero si

estaba muy caliente había que esperar a que enfriara un poco, bajo riesgo de estropear la ropa. Toda una actividad de expertas: se debía tener en cuenta el tipo de tela a planchar para saber si requería más o menos calor. Si estaba muy seca había que humedecer salpicando con agua la prenda. También era trabajo de expertas saber en qué sentido debía deslizarse la plancha.

Era una tarea a realizar te gustara o no, muchas veces tediosa y aburrida pero siempre reconfortante. Al finalizar, observar aquella pila de ropa prolijamente doblada exhalando un agradable olor a limpio, aunque muchas veces el brazo se quejara, dejaba la tranquilidad del deber cumplido unida a la satisfacción de una tarde tranquila intercambiando opiniones si estabas acompañada o simplemente escuchando el sonido de los propios pensamientos si estabas sola.

Incógnita

Verano sin lecturas,
sin cartas, sin miradas cómplices,
verano solitario en el campo lejano.

Memoria de los días
que estudiábamos juntos.

Sin radio, celular ni horóscopo,
deshojo margaritas.

"Me quiere, no me quiere"

¿Dirán la verdad?

Juego adolescente que entretiene,
ilusiona un momento.

Se desprenden pétalos de a uno,

inocentes tapizan el suelo

"Mucho, poquito y nada".

De nuevo la tristeza,

hasta que llegue marzo

añoraré esperanzada.

Tus ojos de carbón y tu sonrisa tenue,

como las margaritas,

mantendrán la incógnita,

incertidumbre cruel

de no saber si me amas.

Fiesta Patria

Era la fiesta patria más importante del año, "25 de Agosto", celebración de la Independencia Nacional. En aquella pequeña ciudad del interior los preparativos eran muchos. En primer término se había programado, al mediodía, un gran desfile cívico- militar por las calles céntricas. En él participarían estudiantes de todos los niveles e instituciones educativas, públicas y privadas, Clubes sociales y deportivos, grupos organizados, militares de las distintas fuerzas de policía, bomberos, naval, terrestre, aérea y culminando, carruajes y caballería gaucha. Para terminar la fiesta, por la noche un gran baile en el principal Club Social del lugar.

Las tiendas gozaban de un increíble caudal de ingresos, el que más o el que menos, algo tenía que comprar. Los estudiantes, sus uniformes, las niñas las medias blancas y las vinchas del mismo color, las túnicas y las moñas azules para los escolares, metros de tela y pinturas variadas para

las pancartas. Los gauchos sus atuendos característicos: botas, bombachas, sombreros y las muchachas vestidos con faldas amplias al estilo de antes, que mandaban realizar a las costureras. Éstas no cesaban de trabajar en las máquinas de coser para dar cumplimiento a los más increíbles pedidos. La mayoría de los atuendos debían ser hechos a medida, muy pocas prendas se conseguían prontas. También se confeccionaban los vestidos de fiesta para el baile de la noche. Todas las chicas querían lucir muy hermosas; gasa, tafeta y brocado de colores vistosos, eran las telas preferidas. En las farmacias los perfumes se agotaban y había que esperar varios días hasta que aquellas se volvieran a abastecer. Las zapaterías estaban siempre repletas de hombres, mujeres y niños que buscaban el calzado adecuado a sus necesidades. Herraduras, clavos de herrar para las patas de los caballos, y aperos completos desabastecían los estantes de veterinarias y ferreterías. A medida que pasaban los días el entusiasmo iba en aumento.

Todos esperaban ansiosos la llegada de la fecha rogando para que el tiempo acompañara y fuera un día cálido, de sol radiante. Hasta que por fin el veinticinco de agosto llegó.

Como todo el mundo lo anticipara, amaneció un día de sol hermoso celebrando el acontecimiento desde las primeras horas. El aire aún estaba frío por la presencia del invierno pero el ajetreo que desde muy temprano se observaba, hacía olvidar esta circunstancia con un nerviosismo general que se percibía en el ambiente.

A las once, como fuera previsto, todo el mundo estaba ubicado en sus respectivos lugares para dar inicio al desfile. Al ritmo de la Banda Municipal que encabezaba el mismo, comenzaron a desplazarse los participantes. En primer lugar los escolares con sus banderas y sus uniformes impecables, luego los liceales, los estudiantes de enfermería y de magisterio luciendo sus estandartes y sus ropas relucientes, en una formación que parecía haber sido ensayada muchas veces.

Al pasar frente al Palco Oficial donde observaban las autoridades, ubicado en la Plaza Principal, volvían sus cabezas para saludar. Un grupo de danzas con cuarenta parejas muy bien ataviadas, bailó el Pericón Nacional en este lugar, mereciendo los más acalorados aplausos. Desde el comienzo hasta el final de la calle, el pueblo entero se distribuía buscando la mejor ubicación para disfrutar del espectáculo.

Los niños y estudiantes, luego de hacer su pasaje, se iban ubicando en las veredas para poder, ellos también, disfrutar del acontecimiento que aún no terminaba. Eloísa, estudiante de magisterio que portaba la Bandera Nacional logró una buena ubicación y desde allí pudo observar el pasaje de los estudiantes de la Escuela de Policía luciendo sus uniformes azules con guantes blancos, botones y charreteras doradas, que la dejaron deslumbrada.

El desfile duró casi dos horas porque luego de quienes lo hacían a pie, comenzaron a pasar los vehículos correspondientes, autos y camionetas de patrullaje, motos de Policía Caminera, e impactando con su tamaño los tanques de guerra y cañones del Batallón de Infantería. Cerrando el desfile una variada sucesión de carruajes con sus pasajeros engalanados a la moda del mil ochocientos, dejaban paso triunfal a la caballería gaucha que con cerca de cien jinetes montados en briosos caballos de diferentes pelajes, dejaban en los corazones la más grande emoción al haber participado en un espectáculo inolvidable.

Al terminar el desfile, todos a sus hogares, comer algo, descansar un rato y llegada la noche prepararse para el gran baile. Eloísa estaba muy entusiasmada con este acontecimiento, sabía que los jóvenes que habían venido a desfilas desde la capital estaban invitados al baile. Su mamá, como siempre, le había confeccionado un vestido de fiesta, esta vez de color rojo, sin mangas, falda corta, encima de la rodilla y un lindo cuello capitoneado que resaltaba sus atributos naturales de jovencita.

A las veintitrés, hora de comienzo del baile ya estaba ubicada en una de las mejores mesas del salón, junto a su madre que la acompañaba como se estilaba en esa época. Era muy mal visto que una jovencita concurriera a bailar sin la compañía de una persona mayor, ya fueran sus padres, hermanos u otro familiar que fuera responsable.

Quando vio aparecer en la puerta de entrada a aquel muchacho uniformado, enseguida se dio cuenta que era el mismo que al pasar en el desfile la había observado disimuladamente. La orquesta empezó a hacer sonar los primeros acordes y sin hacerse esperar, las parejas comenzaron a llenar la pista. El joven, que ya la había visto, se paró en el umbral y con una leve inclinación de cabeza la invitó a bailar, Eloísa aceptó sin titubear y se entregó a la danza. Parecía que se conocían desde siempre, mientras bailaban hicieron las presentaciones y charlaron sobre actividades, gustos y preferencias mutuas.

Cada orquesta tocaba durante media hora, una era de música moderna y la otra de tango. Como a ninguno de los dos le gustaba el tango ni sabían bailarlo, durante la media hora correspondiente debían descansar.

La noche transcurrió entre bailes y descansos sin que los jóvenes se dieran cuenta del rápido pasaje del tiempo. Intempestivamente la mamá de Eloísa sin poder resistir un momento más el sueño que la había derrotado, anunció que debían irse. Apenas pudieron intercambiar direcciones y un breve saludo con la promesa recíproca de que continuarían la amistad naciente mediante cartas.

En los meses subsiguientes el cartero tuvo más trabajo que el habitual ya que no solo Eloísa recibió cartas, casi todas las jovencitas que habían ido al baile habían quedado relacionadas con alguno de los jóvenes estudiantes de la Escuela de Policía que visitara la ciudad en esa oportunidad. Como no existía el teléfono celular, el WhatsApp ni Facebook, la manera de comunicarse era mediante cartas escritas a mano que colocadas en un

sobre en el Correo Nacional, luego de varios días llegaban a su destino. El cartero era el feliz portador final de la misiva. Cuando Eloísa sentía el golpeteo del llamador en la puerta y la voz que anunciaba: ¡Carteroooo!... corría a recibirlo sabiendo que su reciente amistad continuaba en pie.

Ha pasado el tiempo y ella todavía guarda en una cajita de recuerdos aquellas cartas. Pudieron haber llegado a ser de amor, si la distancia y las circunstancias del momento no hubieran enfriado la relación. La última recibida tiene escrito un hermoso pensamiento que dice: "La amistad es para el hombre, lo que el agua fresca y pura para el beduino sediento". Y así lo recuerda ella, como una hermosa amistad de juventud.

El sacapuntas de la escuela

Hacerle punta al lápiz ha sido desde siempre una tarea complicada para los escolares. Jamás han estado permitidos los cortaplumas, las hojas de afeitar o las navajas, solo los sacapuntas. Actualmente vienen de distintas formas, tamaños y colores. La recomendación de las maestras es que los niños concurren con más de un lápiz con la punta hecha desde la casa, pero sabemos que esto no es efectivo ya que el grafo se gasta y para poder usarlo hay que volver a sacarle punta ,ya sea para escribir, hacer cuentas o para pintar.

En la escuela rural a la que asistí, hace ya unos cuantos años, había un sacapuntas grande que estaba colocado con tornillos en el escritorio de la maestra. Allí podíamos acercarnos a hacerle punta al lápiz cuando lo necesitábamos. Era muy divertido hacer girar la manivela luego de colocarlo en el lugar correspondiente viendo salir

la viruta y el grafo pulverizado, por el otro lado. Cuando el recipiente estaba lleno había que vaciarlo para que no se atascara, tarea que realizaba algún alumno más grande ya que requería cierta habilidad especial. A veces la cola frente al sacapuntas era interminable, todos aprovechábamos ese momento para distraernos un poco y alejarnos de la tarea escolar; cuando la maestra se daba cuenta ordenaba volver a nuestros asientos y concurrir de a uno por vez, se terminaba así la diversión.

Hacía pocos días que me habían regalado un hermoso lápiz de escribir adornado con macaquitos, mamá me dijo que no lo llevara a la escuela porque se me iba a quedar sin él, tanto insistí que finalmente me autorizó. Era un lápiz muy lindo pero tenía una mina muy pobre, apenas escribía unas pocas palabras, se partía y tenía que ir al escritorio a sacarle punta con el sacapuntas grande. Así pasé toda la clase levantándome y sentándome a cada rato. Al volver a casa con mi lindo instrumento de escritura, ahora de apenas tres centímetros de largo, y con

los ojos llenos de lágrimas, tuve que aceptar no solo que lo había perdido, sino también el merecido reto que recibí. Desde entonces, mi papá, cada noche antes de acostarse, sacaba punta a todos mis lápices, los de escribir y los de colores, para que no tuviera que entregarlos a aquel "monstruo devorador de lápices" que había en mi escuela.

Cuidado del cabello

El cuidado del cabello es una tarea que siempre ha preocupado, especialmente a las damas aunque hoy en día tanto hombres como mujeres emplean buena parte de su tiempo y sus recursos económicos a este destino.

Las modas han ido variando con el tiempo en cuanto a los cortes, los colores o los peinados. También las técnicas para lograr los efectos deseados han ido adaptándose según las circunstancias.

Es algo contradictorio y difícil de encontrarle una explicación lógica pero quien tiene el pelo lacio desea tenerlo enroscado y quien tiene unos hermosos rulos naturales sueña con un cabello llovido y con cero ondulaciones; las rubias quieren ser morechas y las castañas se mueren por lucir como Marylin.

Para muchos hombres la mayor preocupación cuando van entrando en años, es luchar contra la caída irremediable del cabello aunque algunas mujeres también padecen este problema, para éstas sin embargo la mayor angustia llega con la aparición de las primeras canas. Con los avances científicos han surgido diversos tratamientos que ayudan a sobrellevar esta situación. Son muy diversas las opciones para cuidar el cabello sea con champúes,

cremas , coloraciones, tratamientos de laciado , nutritivos, para proteger el color, para evitar la caspa, para evitar los efectos de los rayos UV y muchos más.

No recuerdo que cuando era niña existiera alguna de estas posibilidades. El cabello lo lavábamos con jabón Bull Dog, que era un jabón bastante neutro con buen porcentaje de glicerina y lo enjuagábamos con jugo de limón si queríamos aclararlo o con vinagre si queríamos que quedara más oscuro.

Hoy en día creo que a nadie le molesta decir que ha cambiado el color de su cabello, ya que se hace por el simple placer de lucir un tono más acorde con el gusto personal o la moda. Antes, sin embargo, era avergonzarte confesar que el color del pelo no era natural. Una tía política tenía el pelo rubio, muy bonito, el comentario que circulaba en la familia era que usaba manzanilla para obtener tal hermosura, pero ella jamás lo confesó, cuando le preguntábamos decía que solo usaba jugo de limón para conservar su color natural.

En cierta oportunidad la tía se enfermó y debió permanecer muchos días en cama. Cuando ya estaba mejor fuimos a visitarla y vimos que su cabello estaba totalmente blanco. Mi padre que era muy bromista y le gustaba hacerla enojar, al verla así, le preguntó con picardía:

— ¡Ay querida! ¿Se te secó el limonero? A lo que ella rápidamente contestó, roja como una grana:

— No, mi adorable cuñado, para curar mi enfermedad he tenido que cubrir mi cabello con abundante talco, pero en pocos días ya luciré nuevamente mi rubio natural.

Cartas de amor

En una vieja caja que contiene la más variada colección de objetos antiguos, curioso un paquete de fotos. Están ordenadas por fecha y al dorso la mayoría tiene escrito el, o los nombres de la o las personas fotografiadas. Casi todas son personas desconocidas para mí.

Con alegría descubro una ¡es de mi abuelita cuando era niña!, me parezco a ella ¿verdad? ¡Y en esta otra está mi abuelo junto a mi padre y mis tíos cuando eran niños! ¡Cuánta nostalgia! ¡Qué lindo hubiera sido saber algo más de su historia!

¿Y ésta? ¡Qué extraño!, es de una joven mujer, sentada en el guardabarros de un coche de aquella época, .pero su cara ha sido recortada en forma de corazón ¡No tiene fecha...ni nombre! ¿Quién será? Me apresuro buscando la parte de la foto que falta pero en esta caja no está. ¡Vuelvo a observar la foto con más detenimiento y compruebo que

fue estrujada y luego planchada como para recomponerla, pero el rostro no está.

Voy rápidamente a la otra caja, aún sin abrir, tratando de descubrir el misterio.

Papeles, recortes de diarios, una muñequita, una pluma de colores, monedas en desuso, más recortes... y en el fondo dos paquetes envueltos en papel celofán; uno azul, muy bien atado con una cinta de color rosa y el otro amarillo con un lazo verde.

¡Son cartas, cartas de amor! ¡Increíble, estas cartas son de mil novecientos treinta y las escribieron mis abuelos cuando eran novios!

No tengo tiempo de leerlas todas pero las voy ojeando una a una y reviviendo una historia de amor muy emocionante. Y de pronto... una carta...una que devela el misterio de la foto recortada que encontrara en la otra caja.

Ahí está el rostro de mi abuela envuelto en un corazón y al final de la escritura un enorme **“te amaré por siempre”**.

Balde de lluvia

¿Quién no se ha bañado alguna vez con la jarrita? Quizás nunca lo han hecho pero yo que me crié en el campo y trabajé muchos años como maestra rural, puedo decirles que más de una vez lo hice. En esa época la luz eléctrica no llegaba a la campaña. Por lo general nos bañábamos usando un latón con agua tibia y echándonos agua con una jarrita, para enjuagarnos. Como jarras de plástico no existían y las de loza o vidrio tenían otros usos, solíamos hacer una con una lata de conserva de duraznos vacía, a la que luego de enjuagarla bien y aplanarle los bordes para no cortarnos, le dábamos forma de jarra marcándole un pico y poniéndole un asa de alambre.

Un poco más sofisticado era el balde de lluvia, que se usaba con el mismo fin. Consistía en un balde de hojalata en cuya parte superior tenía una varilla unida a otra que bajaba hasta la parte inferior donde había una roseta con un tapón. Al tirar con una piola de la varilla superior, el

tapón salía de su lugar dejando caer en forma de lluvia, el agua tibia que se había puesto previamente en el balde.

Varias dificultades podían presentarse a la hora de usar este balde: una era que el agua podía estar muy caliente, entonces había que esperar hasta que tuviera la temperatura adecuada; otra, especialmente en invierno, era que el agua se enfriaba rápidamente y el enjuague final había que hacerlo con el agua fría. Pero lo peor era cuando sin querer, al tirar de la piola el tapón se salía totalmente del lugar y no volvía a cerrar la roseta, así el agua se iba rápidamente vaciándose el balde antes de lo esperado. Parecido a lo que sucede con el calefón cuando se termina el agua caliente a diferencia que en este caso sigue saliendo agua fría y en el primero ya no quedaba más agua teniendo que terminar el baño sin enjuague. Para prevenir este accidente por lo general inevitable, al bañarnos usábamos un latón para juntar el agua y en caso de que tan mala suerte nos acompañara, usando la jarrita podíamos terminar el baño.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

¿A qué altura vuelan las moscas?

No sé en qué momento empezó a haber heladeras. Cuando yo era niña, en mi casa no había, pero no sentíamos esa carencia.

Se cocinaba la comida justa, sin necesidad de guardarla de un día para otro. La leche se obtenía muy temprano del ordeño de las vacas y se hervía de inmediato; luego de estar fría, si era verano, se colocaba la olla dentro de un balde con agua para que se mantuviera fresca hasta la noche en que tomábamos la última taza, antes de acostarnos; lo que quedaba se distribuía entre gatos y perros para que no sobrara nada. Se lavaba la olla dejándola bien limpia y así volver a hervir al otro día, la leche correspondiente. Con la nata se hacía manteca y se dejaba en agua con sal hasta consumirla. Si hacía mucho calor y pasaban varios días sin comerla podía quedarse rancia, entonces era desechada.

En cuanto a la carne, generalmente de oveja, se conservaba en una fiamblera hecha con listones de madera y malla de alambre para que no entraran las moscas. Esta era colocada en un lugar sombrío donde corría el aire. En el verano cuando había mucho calor o tormenta, a veces, si se demoraba el consumo, la carne podía empezar a tomar un color verdoso, síntoma de que estaba descomponiéndose, entonces era necesario hervirla para dar a los cerdos. Otra forma de conservación de este alimento era la utilización de la llamada "cigüeña", ésta se construía con un varejón largo en cuya punta se ponían ganchos para colocar la carne; luego se elevaba hasta una altura en que supuestamente, corría aire fresco y no andaban moscas. Otro procedimiento usado era el "charque" que consistía en cubrir la carne con abundante sal gruesa, una vez seca se subía a la cigüeña. En mi casa estos dos últimos procedimientos nunca se practicaron, los vi en lugares apartados de nuestra campaña, donde trabajé como maestra.

En cierta oportunidad, una colega amiga me sorprendió con su preocupación cuando me dijo:

_ ¿Sabes a qué altura vuelan las moscas? Por más que he buscado información no he encontrado ese dato. Tengo una cantidad importante de carne para el almuerzo de los niños y no quiero que se pierda. Un vecino me ayudará a construir una "cigüeña" pero cuando le pregunté de qué largo tenía que conseguir el varejón para hacerla, me contestó socarrón:

—"Y usted que es maestra... ¿no sabe a qué altura vuela la mosca?"

Seguramente él por su experiencia lo sabía... pero nosotras en esos tiempos no teníamos "Google" para dar con la respuesta acertada y saber a qué altura elevar la "cigüeña".



Hilda Mireya Betancort Navarro

Nació en Rocha, Uruguay el 10 de febrero de 1949.

Maestra de Educación Primaria, Directora y Maestra de Adultos, hoy jubilada.

Su infancia, así como gran parte de su vida transcurrió en el campo, medio con el que se siente identificada y en el que trabajó hasta no hace mucho. Radicada en la ciudad balneario La Paloma, dedica parte de su tiempo libre a escribir cuentos y poesías.

Ha participado en diversas Antologías, Concursos, Talleres y Encuentros literarios que la han impulsado a seguir en el camino de las letras, en el que se siente realizada.

Participó en la Antología Internacional Mujeres al borde del abismo 1- Libro 4 y comentó el libro completo en la Colección 2- Libro 4. Haber sido convocada para participar en la presente Antología que la ha llevado a retrotraerse en el tiempo para recordar hechos del pasado que parecían olvidados. Volverlos a la memoria, en muchos casos de manera nítida y en otras en forma borrosa,

Vida de piedra 2

Registro Nº 2102267031631

mezcladas con la imaginación ha permitido la presente entrega.

Índice

Prólogo.....11

Mirta Ramírez

Cumpleaños.....13

Los perros de Don Antonio.....16

El picaflor y la cigüeña.....19

Ritual antes de desayunar.....21

Los lentos...23

Las limas.....25

La tuna de mi casa.....27

Solo recuerdos aislados...29

La gallina y el huevo.....31

El despertar.....33

Biografía.....35

Juan Félix González

Mi experiencia nadadora (versión en español).....37

Versión en Guaraní

Vida de piedra 2

Registro N° 2102267031631

Los juegos de mi niñez (versión en español).....	42
Versión en Guaraní	
Vocabulario guaraní- español	
El duende de los animales (versión en español).....	48
Versión en guaraní	
Niños del ayer (versión en español).....	52
Versión en Guaraní	
Biografía.....	56
Dalia de Jesús Romero	
Una cicatriz feliz.....	59
Jugando a ser niños.....	62
Gallito ciego.....	65
Biografía.....	67
Piedad Benita Betbeder Vildósola de Berardi	
Barrio Yapeyú.....	71
Otro sábado, “los sábados”	73
Retiro- Villa Ángela.....	78
Biografía.....	82

Hilda Mireya Betancort Navarro

Romance de mi niñez.....	83
Por culpa de una guiñada.....	86
Patio viejo.....	91
Mi compu.....	94
La vitrola.....	100
La plancha a carbón.....	103
Incógnita.....	106
Fiesta Patria.....	108
El sacapuntas de la escuela.....	116
Cuidado del cabello.....	119
Cartas de amor.....	122
Balde de lluvia.....	125
¿A qué altura vuelan las moscas?.....	127
Biografía.....	130



Mirta



Félix



Dalia



Piedad



Mireya

Vida de Piedra Colección del legado que les dejamos a nuestros nietos sobre las situaciones vividas en nuestra niñez, tan diferente a la vida actual.

Ojalá puedan aprender a vivir con menos y disfrutar más de los momentos...

Mirta Ramírez

Editorial MIRA

Fontana- Chaco- Argentina

Año 2021



Vida de piedra 2
Registro N° 2102267031631

